

Factura al corazón

Sophia Ramos



Image not found.

Capítulo 1

Una deuda inesperada

«Hoy será un mejor día», tuve el valor de decirme por primera vez en mucho tiempo durante una tarde de otoño en la que caminaba por las pacíficas calles de Los Ángeles, California.

Me sorprendí a mí misma también sonriendo al recordar por qué estaba en Los Ángeles: me atreví a soñar. Sí señor, cuatro años atrás, mientras pintaba en óleo la famosa Aguja Espacial de Seattle Washington, mi madre se sentó a mi lado y con esa voz de psicóloga que convence a todo el mundo que está cuerdo, me dijo:

—Hija mía, tienes talento. Eres una artista talentosa que debe salir a la luz y comerse al mundo entero con ferocidad.

Obviamente no logré comérmelo de inmediato. Porque no, no todo es tan sencillo como oprimir un botón rojo y que se realicen tus sueños. Y menos a los diecinueve años. Pero lo más importante es que ese día mamá logró convencerme que lo mío era el arte y que con mucho esfuerzo y sacrificio, podría vivir de ello.

Así que, a partir de ahí, decidí que había llegado el momento de luchar por mis sueños, sin importar que el resto de la gente me dijera que me comería un cable si estudiaba artes plásticas. Oh sí... me lo dijeron mucho.

Todo empezó con un inocente programa de intercambio. Hubo mucho papeleo, entrevistas con gente desalmada, un par de movidas de influencias por parte de mamá —que se conoce a una buena partida de locos en Seattle— y unos pocos ruegos de mi parte hacia varias instituciones educativas. ¿A quién engaño? ¡Les rogué tanto!

Dos meses más tarde, luego de graduarme de preparatoria, ya estaba transitando enorgullecida por los pasillos del Instituto de Artes de California (Calarts). Pasaron muy rápido los cuatro años de la carrera de artes plásticas y sin darme cuenta ya tenía mi diploma de Calarts en mano. Y claro, mis padres viajaron a la ceremonia de graduación donde lloraron, hablaron con un montón de desconocidos sobre lo orgullosos que estaban de mí, me regalaron un ramo enorme de flores que casi no podía cargar y todas esas cosas vergonzosas que hacen los padres durante tu graduación.

Entonces nació un problema: Ya no me veía de regreso en Seattle. Amaba Los Ángeles. Me encantaba la dimensión de la ciudad, la cultura, la independencia que me daba y la inspiración que respiraba en cada esquina.

Así que luego de una larga charla con mis padres en la que me motivaron con frases como: «¿Te volviste loca?» «No sabes en lo que te estás metiendo», «Te vas a llenar de deudas a tan temprana edad», «Vivir sin tus padres te podría traer un embarazo indeseado, ¿me oyes, Emma? UN EMBARAZO INDESEADO» y otras muchas más que me reservaré, me mudé permanentemente a Los Ángeles.

No hubo mayor problema durante la mudanza. Tenía a Isabella, la dueña del apartamento en el que me habían transferido durante el intercambio, y quien se convirtió en mi mejor amiga a los pocos días de haberme establecido en su pequeño espacio de 70m².

Y ya que hablamos de Isabella, les quiero contar algo de ella: Es admirable, hermosa, fuerte, inteligente, independiente y muy impredecible. Tan impredecible que el mismo día que le di la noticia que me mudaría permanentemente con ella, se salió con una noticia todavía más impactante que la mía:

—Me voy a casar.

Parpadeé a mil por hora.

—¿Te vas a qué?

—Me voy a casar. No te lo había podido decir porque estabas muy ocupada con tus exámenes finales y tu graduación y todo eso, y sinceramente me pareció raro que no me hubieses visto el anillo si lo tengo desde hace meses, pero...

No, la verdad es que ni siquiera me había percatado que tuviese un anillo. Y eso que era enorme. Tan enorme que cuando finalmente lo vi me pregunté cómo rayos su diminuto dedo podía cargar algo así.

—...me voy a casar con Joseph. Ah y me mudo a su casa el próximo mes. Hay mucho que preparar para la boda que será en tres meses, así que concordamos en que lo mejor será que me mude con él para poder encargarme de todo.

No sabía ni qué era más increíble: en cuánto tiempo se iban a casar o con quién se iba a casar. Joseph Sinclair era el multimillonario más cotizado de Los Ángeles. Un galán de treinta y muchos años, dueño de una cadena hotelera que lleva por nombre su apellido (para variar), exitoso en la vida,

ridículo imán de mujeres, etcétera, etcétera.

Sabía que habían salido durante casi dos años y que ocasionalmente me lo topaba semidesnudo en las mañanas en nuestra cocina por lo que (Dios y mis padres me perdonen) lo había lujuriado un par de veces, pero no pensé que la cosa iba tan seria.

—Isabella, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo?

Isabella se acomodó en el sofá para apretarme las manos.

—Es el amor de mi vida, Emma—su mirada era del más sincero enamoramiento, ese que te dan ganas como de vomitar—. Y no tienes por qué quedarte aquí sola, si quieres puedes...

Sus ojos brillaron mucho. Mucho más de lo que brillaba su sofisticado anillo de compromiso. Oh no, venía una de sus irracionales ideas.

—¿No te gustaría venir conmigo?

—¿Mudarme contigo y tu novio? ¿Te volviste loca?

—¡No! Es una tremenda idea, tiene una casa enorme—sonrió ampliamente y se levantó del sofá dejándome boquiabierta—. Llamaré a Joseph, le encantará la idea. Empieza a arreglar tus cosas.

Estará demás decir que no tuve ni voz ni voto en esa decisión. A los pocos minutos, Isabella regresó todavía más sonriente anunciando que Joseph ya hasta había decidido cuál sería mi habitación y que podía pintarla a mi gusto porque sabía que yo era una artista y no se qué.

Tras un largo suspiro en el que no me quedó de otra que aceptar la propuesta, hice dos cosas: La primera fue pensar que Isabella era una súper suertuda por haberse conseguido tal galán, pero que yo lo era más porque me había conseguido ir a vivir a una casa de multimillonario sin mover un dedo.

Y la segunda cosa que hice fue intentar sonreír con todas mis fuerzas, pretendiendo que su felicidad era compartida. Tristemente lo que sentí en realidad fue un poco de envidia.

Mientras que Isabella y Joseph disfrutaban de su amor de terrible película romántica, yo todavía seguía llorando noche tras noche por un patán que dejé (o más bien él me dejó a mí) en Seattle hace cuatro años, antes de venir a esta hermosa ciudad. Uno que afirmó que me llamaría todos los días luego de mi partida y que las cosas seguirían iguales, pero mintió despiadadamente. Jugó de tal forma con mis sentimientos que cuando

Llegué a Los Ángeles intenté contactarlo y nunca me respondió.

Fue así como terminó nuestra relación de dos años con seis meses y tres días; y ni siquiera tuvo el valor para decírmelo. Tuve que suponerlo al tratar de contactarlo sin éxito durante meses.

Cuando caí en cuenta que verdaderamente se había terminado todo, empecé a experimentar el amargo sabor de la primera ruptura amorosa. Esa que dicen es la más dolorosa de todas y lo confirmé en carne propia. Cada vez que lo rememoraba, mi pecho llegaba a estrujarse tan hostilmente que era difícil respirar. Nunca en mi vida había sentido lo que era tener que llorar por necesidad, como ahora lo hacía. No solo eso, absolutamente todo me recordaba a él, lo que convertía el asunto en un trauma imposible de superar.

Sin embargo, tras varias sesiones terapéuticas con Isabella (en realidad me golpeaba cada vez que me veía llorando), pude aspirar a algo muy parecido a la estabilidad emoci—

iiiiBAAAAMMMMMMM!!!!

Un letrero inesperado me sacó de mis recuerdos. No porque me detuve a leerlo o algo, sino porque me estrellé de frente contra él por andar con la mente por otro lado.

—¡Estoy bien! Estoy...—exclamé cuando noté que tenía una pareja enfrente mío estallados de la risa—. Bien...

Con mis mejillas y frente ardiendo, me puse de pie para leer lo que decía el letrero: «Ferretería Los Ángeles». Qué conveniente. Justo Isabella me había enviado un mensaje pidiendo que le comprara cinta adhesiva para sellar nuestras cajas de mudanza. ¿Sería el destino?

Mmmm... El golpe con el letrero me mantuvo dudosa.

Entré. Esquivé como ninja algunas cajas en el suelo que impedían el paso y fui directo a la sección de útiles escolares que, por cierto, consistía en unas diminutas repisas de madera al lado del mostrador principal. Frente a éste último estaba parado un hombre que regañaba a una chica rubia, la que parecía la cajera. Solo logré escuchar algo como: «Necesito ese estado de cuenta para hoy. No quiero deberle ni un centavo a nadie».

—Vaya héroe—susurré con sarcasmo.

—¿Te ayudo en algo?—retumbó de pronto una voz gruesa a mis espaldas.

Salté en mi lugar. Y girándome rápidamente sobre la punta de mis pies, me encontré con el mismo joven regañón. Era más alto que yo, tanto que tuve que inclinar la cabeza hacia arriba para observarlo. Sus ojos, azules intensos como el más puro océano, se conectaron enseguida con mis aburridos ojos café. No sé por qué, pero por un instante, me parecieron unos ojos conocidos.

—Necesito, eh—tragué, nerviosa—. Cinta adhesiva... como cinco rollos.

Sonrió ampliamente. Santo Cielo, tenía una sonrisa como de príncipe de Disney.

Bastó con que estirara el brazo hacia arriba en dirección a la repisa que encabezaba el mueble y que regresara a su posición original para entregarme las cintas adhesivas que pedí.

—Cinco rollos de cinta adhesiva para la señorita.

Desvié la mirada por un segundo para notar que la rubia de la caja nos observaba un tanto cabreada. Apenas se percató que la observaba, me negó con la cabeza como si intentara decirme algo.

—¿Qué harás con tanta cinta adhesiva?—inquirió el joven.

Oh... El sinvergüenza quería iniciar una conversación conmigo. Y yo, a mis veintitrés años, era tan hormonal que inconscientemente lo lujurié examiné de arriba abajo: cabello castaño oscuro (más largo de lo que es permitido para mí en un hombre), piel clara ligeramente bronceada como si hubiese ido a la playa (no me gusta la playa), pecho fortachón como si le gustara ejercitarse (odio a la gente que se ejercita) y vestía camisa y vaqueros (sin comentarios sobre esto). En otras palabras, para nada atractivo así que lo descarté.

—Gracias por la ayuda—dije sin más, pasándole de largo.

Terminé en el mostrador principal donde la rubia de antes me esperaba con los labios apretados. Yo no era la mejor leyendo expresiones, pero estaba segura que se estaba aguantando una risotada.

—Buen trabajo...—comentó ella mientras que empacaba mis cintas adhesivas.

Estaba por preguntarle qué quiso decir, cuando sentí una mirada clavada en mí. Creí que ya me estaba afectando la cabeza por el golpe con el letrero, pero me liberé de la posibilidad de un derrame cerebral cuando la misma voz masculina de antes dijo a mi lado:

—Ya sé para qué son las cintas adhesivas.

ALERTA DE ACOSADOR.

Ahora sí quería mandarlo a volar, pero decidí mejor buscar la serenidad dentro de mí para no hacerlo. No estaba de humor para discutir con nadie y mucho menos con un tipo aleatorio como él a quien seguramente no volvería a ver nunca más.

—Ajá...—contesté sin registrarlo.

—A ver...—su espalda se recostó sobre el mostrador y se cruzó de brazos—. Haciendo un breve análisis de ti, por la forma tan curiosa en la que vistes...

Traducción: «Por los arapos tan raros que traes puestos».

—...Por el cabello con el color divertido que parece rojo...

«Por el cabello con el tinte rojo que te atreviste a ponerte tú misma...»

—Y el ego tan pronunciado que despides...

«Me ardió que me ignoraras porque las chicas no suelen ignorarme».

—Deduzco que podrías ser alguien que le gusta hacer manualidades y harás algo muy curioso con todas esas cintas adhesivas.

Pretendí emocionarme.

—¡Vaya! ¿Cómo lo supiste?

—¿Es eso?—él sí se emocionó.

Ni siquiera dudé de mi respuesta:

—No.

La rubia de enfrente soltó una risita, pero se dispuso a toser como tratando de ocultar su error. El chico, por otra parte, se llevó una mano a la quijada.

—Entonces es otra cosa—definitivamente no se rendiría tan pronto.

Puse los ojos en blanco. ¿Qué pasa con los hombres hoy en día? ¿Que no entienden cuando una mujer los está ignorando? ¿Cómo más debía

hacerle saber las pocas ganas que tenía de hablarle?

—¡Ah, ya sé! Te mudarás.

Fingí sonreír. Mi sutil sarcasmo respondió por mí:

—Bravo Einstein, descifraste el misterio que el universo entero ignora.

Entonces la rubia no aguantó más. Soltó la risotada del siglo. Fue tan honesta que hasta a mí me dieron ganas de reír. No obstante, por el «pronunciado ego que despido», no lo hice.

—¿Y por qué te mudas? ¿Encontraste un mejor lugar para vivir?

Increíblemente su perseverancia me hizo ceder un poco:

—Algo así.

—¿Algo así?

—Sí, no necesitas tanta información.

—¿Cuándo te mudas?

—Mañana.

—¿Por aquí cerca?

¿Y éste quién se creía que era para hurgar así en mi vida? Haber cedido un poco no le daba derecho a insistir de esa manera. Fue lo último que necesitaba para confirmar que en realidad no tenía por qué ser amable.

—¿Por qué sigues hablándome?—rugí.

Sonrió avergonzado. Por su rostro de arrepentimiento, estaba segura que sus labios pronunciarían un «lo siento», pero un ruido lo detuvo. Un ensordecedor sonido que pareció un disparo.

—¿Qué fue...?

No pude terminar mi oración. La puerta del lugar se abrió de par en par, estrellándose cada una contra la pared.

Dos hombres vestidos de negro con calcetines rotos cubriendo sus rostros se adentraron a toda velocidad. Uno de ellos, el más bajito de los dos, traía una pistola con la cual nos apuntó.

—¡AAAAAAHHHHH!—la rubia del mostrador fue la primera en chillar.

Despavorida, di dos pasos hacia atrás. Quise convencerme a mí misma que se trataba de una cámara escondida o algo, pero cuando el ladrón detonó el revólver hacia el techo, supe que no se trataba de una broma. ¡Oh Dios mío! ¡Estaban a punto de robarnos!

—¡TODOS AL SUELO!—gritó el ladrón bajito.

La rubia, que ya tenía mis cintas adhesivas listas para entregármelas (vaya suertuda yo), gritó por segunda vez y se tiró al suelo detrás del mostrador. Mi acosador alzó ambos brazos y yo opté por hacer lo mismo.

—¿No me escucharon?! ¡AL SUELO, DIJE!—vociferó el ladrón bajito.

El acosador y yo intercambiamos miradas asustadas, pero nos desplomamos enseguida al suelo sabiendo que era mejor no seguir jugando con nuestra suerte.

«Buen trabajo, inepta. Sales por diez minutos y ya eres parte de un robo a mano armada», resonó la voz de mi oscuro subconsciente en mi cabeza.

Entonces el ladrón bajito me apuntó. Bajé la cabeza. Era todo, iba a morir. Veintitrés años tirados a la basura en una diminuta ferretería en Los Ángeles. ¿Por qué rayos me mudé acá? ¿Para estudiar artes plásticas? ¡Eso ni siquiera es una carrera! ¡Maldición, no quería morir!

—¡Tú! ¡Pelirroja de farmacia!—exclamó el ladrón bajito. Me señalaba muy confiado con su revólver y yo no pude evitar preguntarme cómo demonios supo que éste no era mi color real de cabello. ¿Me había puesto tan mal el tinte?—. ¡Busca la caja registradora y saca todo el dinero!

—Pero dijiste que nos quedaríamos en el suelo—me atreví idiotamente a llevarle la contraria.

—¡Busca la caja y saca todo el dinero, te dije!

Con mi cuerpo entero temblando, me levanté y eché un vistazo al joven acosador. Le rogué con mis ojos que hiciera algo, pero no reparó en mí. En cambio, permaneció silenciado en el suelo.

Los ojos de los ladrones nunca me abandonaron cuando caminé hacia la caja registradora. Eso me hizo saber cuán profesionales eran en el asunto, aunque debo decir: los calcetines forrándoles el rostro seguían manteniéndome dudosa.

Entretanto depositaba el dinero en una bolsa de plástico, algo vibró en mis pies. Era la rubia, quien se retorció del miedo en una esquina del mostrador. Rezaba algo con vehemencia.

—¡Saca todo el dinero ya y entrégamelo!—me gritó otra vez el ladrón bajito.

Enormemente cabreada, me giré hacia él.

—¡Ya te escuché! ¡No soy sorda, ya voy!

El ladrón arrugó el rostro. Claramente no le gustó mi respuesta.

—Ah, con que esas nos traemos...—me dijo y dirigió el revolver hacia mi acosador que se mantenía cabizbajo—. Tráeme el dinero ya o él muere.

No sabía qué hacer, en verdad no me importaba que muriera, ni siquiera lo conocía. «Basta, Emma, eso es muy cruel de tu parte».

—¡No, no! Ya te lo llevo, lo siento.

Tomé una de las bolsas del mostrador, tiré todo el dinero dentro y caminé despacio hacia los ladrones. En medio de eso, una sirena sonó a lo lejos. Unas sirenas de esperanza. Unas sirenas que parecían... ¡La policía! ¡Todavía podíamos salvarnos!

—¡RÁPIDO!—el ladrón bajito disparó otra vez al techo.

No sé si su plan era matarnos, pero en caso que lo fuera, no lo iba a lograr si seguía desperdiciando las balas tan torpemente.

—¡AAAAAHHHHH!—gritó la rubia por detrás del mostrador.

—¡Silencio!—no pude evitar decirle. Es que me estaba poniendo más nerviosa de lo que ya estaba.

Corrí hasta los enmascarados y les entregué la bolsa con el dinero. Si eso nos iba a salvar a todos, no iba a seguir resistiéndome.

El delincuente vio el interior de la bolsa para cerciorarse que el dinero estuviese ahí, soltó una risita de victoria y yo no pude evitar bufar. Pero qué tarado, él de verdad nos mataría por, ¿qué? ¿Quinientos míseros dólares? ¿Por qué no tenía dignidad y se iba a robar un banco o algo así?

Sinceramente creí que la cosa ya había terminado porque los delincuentes se dirigían a la puerta (no, la policía aún no llegaba y no entendía por qué tardaban tanto), cuando de pronto el joven detrás mío empezó a

moverse.

—¿Qué... qué haces?—le susurré cuando se puso de pie.

Se llevó un dedo a su boca como indicándome que hiciera silencio y corrió desmesuradamente hacia los delincuentes. ¡DIOS NO! ¿Qué hacía este otro tarado?

Entonces pateó la espalda del delincuente bajito y éste se estrelló contra la pared dejando caer la pistola. El joven la recogió con una mano y lo apuntó.

—Entrégame el dinero—le dijo, creyéndose el héroe de la tarde.

Yo pensé que era de lo más tonto y me aseguré de hacérselo saber.

—¿Eres idiota o qué? ¡Déjalos que escapen!

Lo que ninguno se esperaba es que el delincuente número dos traía una pistola también. Y que estaba apuntando al joven de ojos azules oceánicos desde hace más de un minuto.

La realidad es que nunca sabes cuando la vida te cambiará. No espera hasta que pase tu cumpleaños (o quizás sí), no pregunta si estás listo para lo que está a punto de arrebatarte, ni tampoco le importa si eres fuerte o no. Simplemente en un día cualquiera, como un viernes de otoño, decide llevarse algo preciado en tu pequeño universo o el de cualquier persona.

El enmascarado número dos disparó. Sin repulsión, miedo a las consecuencias o miedo a su propia conciencia, disparó sin más.

Pude ver todo en cámara lenta: la bala, atendiendo la orden de su portador, salió dispuesta a enterrarse en el estómago del joven y acabar con su vida. Tal vez fue un milagro, una clase de premonición que me permitió ver lo que estaba por suceder, pero en menos de la milésima de segundo me di cuenta que todavía tenía la caja registradora de metal en mis manos.

Y, porque soy muy estúpida (o quizás quería ser la verdadera héroe ese día), me tiré sin pensarlo dos veces en medio del joven y el ladrón, con la caja de metal en mis manos, pensando que quizá eso podía evitar que se cometiera un homicidio.

Todo se tornó blanco. Caí al suelo sobre uno de mis brazos, pero casi ni sentí el impacto por la adrenalina. Seguro dolería luego.

Era todo, no pude salvarlo.

—¡Ah, maldita sea, ah!

Abrí los ojos lentamente para encontrarme con que el suelo estaba manchado de sangre, pero no parecía que fuera de mi acosador porque él seguía de pie, sin rastros de heridas, completamente estático ante lo que había sucedido; y que en una esquina del suelo, estaba el enmascarado número dos retorciéndose del dolor. ¡La bala le había dado a él en la pierna! ¡Había logrado mi cometido!

—¡Nadie se mueva!—otra voz retumbó en el lugar.

Dos policías se asomaron en la puerta, con pistolas en mano apuntando a los criminales. ¿En serio? Dudaba que los criminales se podrían levantar después de la paliza que les habíamos dado. Es increíble cómo los policías siempre llegan tarde a la escena del crimen.

Fue entonces cuando reaccioné y caí en cuenta que no sabía qué mierda estaba pasando. ¿Acaso acababa de salvar la vida de un total desconocido usando una caja registradora? ¡No podía ser!

Despavorida, corrí hasta el mostrador donde estaba la bolsa con mis cintas adhesivas, las agarré y salí corriendo de ahí sin importarme nada más.

Para aquel entonces mis ojos ya se habían humedecido del trauma que cargaba encima. Quería llorar con todas mis fuerzas, pero pensé que debía huir primero.

Sin embargo, en medio de mi corrida dramática, alguien me agarró del brazo.

—¡POR FAVOR NO ME MATES, QUIERO ABRAZAR A MI MAMÁ UNA ÚLTIMA VEZ!—chillé.

—¿Matarte?—me dijo una voz conocida—. ¿Cómo se te ocurre que te voy a matar?

Era el acosador de la ferretería. Hizo que me volteara para estar frente a él y con una fuerza indescriptible, me trajo hacia sí sin siquiera consultarme si me sentía cómoda con ello.

Nuestros ojos se conectaron por segunda vez en la vida. Y esta vez, no percibí la misma mirada burlona con la que hurgaba en mi vida en la ferretería. Transmitía la más profunda preocupación.

—¿Tú de nuevo?!—exclamé.

—¡Oye!—me dijo completamente serio, no parecía que quería seguir payaseando—. ¿Quién crees que eres para salvar mi vida de aquella manera y escapar así por así? ¡Ni siquiera pude agradecerte!

Abrí mucho los ojos. ¿Por qué este mequetrefe seguía en mi vida?

—¡Entonces dame las gracias y quedamos a mano!

Me soltó. Tiró con una mano su cabello hacia atrás en señal de nervios para luego sostener su cabeza. Me quedé ahí, de pie, contemplándolo. Quería entender qué bicho le había picado.

—No, no, no, tú no entiendes—negó varias veces con la cabeza—. Acabas de salvar mi vida, no hay forma que pueda agradecerte esto.

Ay no, qué raro era.

—¿Cuál es tu nombre?—preguntó.

—¿Mi... nombre? ¡¿Piensas que te voy a dar mi nombre?!—bufé y me solté de su agarre para seguir caminando—. Estás demente, déjame en paz.

Me volvió a agarrar del brazo.

—Por favor dime tu nombre.

Me solté, fastidiada, pero terminé por complacerlo:

—Emma. Soy Emma. Pero te juro que si me haces alguna brujería, yo también conozco algunos trucos sucios que te harán arrepentirte...

—Emma—me interrumpió—. Emma, tú... no tienes idea de lo que acabas de hacer.

Oh no, quizás se había dado cuenta que me llevé las cintas adhesivas sin pagar. Al fin y al cabo yo también era una criminal.

—Debiste dejarme morir, jamás podré pagarte esto. No es posible que te deba mi vida a ti, ¿por qué no me dejaste morir?

Sonará cruel, pero en ese momento yo también me estaba preguntando lo mismo.

—Necesito pagarte esto. Por favor permíteme hacerlo. Tal vez si dedico mi

vida entera a servirte...

Llegué a sentirme hipnotizada al mirarlo y escucharlo. Sus palabras, tan hermosas como el océano que tenía en su iris, me hacían caer irremediabilmente en su hechizo.

Eso hasta que terminó su oración:

—¿Te casas conmigo? Solo así podré agradecerte el haber salvado mi vida.

El disco se rayó. Su imagen de príncipe se derrumbó frente a mí.

Confirmado: Era un desquiciado que seguramente se había escapado del manicomio y se escondía en esa diminuta ferretería. Y esta humilde pintora, señoras y señores, no caería en su juego.

—¿Qué?! ¡Estás loco! ¡Ni siquiera nos conocemos!—eché tres pasos hacia atrás—. Ay no, amigo, ¿de qué manicomio te escapaste? ¿O qué te fumaste hoy? Yo no sé, pero no puedo más contigo.

Habiendo dejado claro mis sentimientos, me volteé para empezar a correr lo más rápido que pude. No sabía cómo rayos lo hacía, no sabía cómo siempre lograba ser la protagonista de las situaciones más incómodas del planeta, pero no quise inmutarme en averiguarlo.

Esta vez el acosador no me siguió. Sin embargo, en mi misión de escapar, escuchaba sus palabras con cada paso que daba:

«¡Emma!»

Paso.

«¿Me... escuchas?»

Dos pasos.

«Nos volveremos a...»

Tres pasos.

«Encontrar y entonces...»

Pero a partir de ahí más nada se escuchó.

—o—

Esa noche no pude dormir.

Primero porque, por la mudanza, Isabella había vendido cada uno de nuestros muebles, incluyendo mi cama, y tenía una semana durmiendo en el suelo, en posición fetal, porque no cabía en la colchoneta. Lo peor de todo es que solo había una colchoneta en el apartamento, por lo que debíamos dormir juntas.

—¿Qué mal hice a la humanidad para tener que dormir en el suelo?

—Emma, por Dios, duérmete ya. Tienes una semana con la misma cantaleta.

Segundo, claro, el desafortunado incidente de la tarde me martillaba la cabeza sin intención de parar. Increíblemente mi trauma no era tanto porque dos ladrones casi me matan, o porque salvé la vida de un desconocido arriesgando tontamente mi propia vida.

Es más, esas dos cosas las superé en cuestión de minutos luego de tomarme una píldora calmante y repetirme una y otra vez el discurso de superación que escribí en mi cabeza:

Cálmate Emma, estás a salvo. A salvo y con un logro desbloqueado: Fuiste parte de un robo a mano armada protagonizado por unos ladrones que tenían su rostro forrado con calcetines rotos y salvaste la vida de un hombre desconocido que luego te persiguió como un demente por todo Los Ángeles pidiéndote que te casaras con él.

Pero más importante... ¡Salvaste una vida humana! Una que te acosó... pero ese no es el punto. ¡Dios te dará ochocientos seis escalones hacia el cielo! Eres la héroe, Emma, la héroe. La HÉROE.

—La héroe, Emma... La héroe...—repetí el final del discurso en un susurro.

—¿Qué?—me preguntó Isabella desconcertada.

—¿Ah?—reí, nerviosa—. No, no, nada.

Sí, ese discurso había sido un éxito.

Y es que lo que en realidad me hacía sentir tan traumatizada era el joven de oceánicos ojos con sus irracionales palabras: «Debiste dejarme morir, ahora te debo mi vida», «No hay forma de que pueda pagarte esto»,

«Cásate conmigo».

¿Quién era? ¿Por qué cada vez que lo miraba sentía que lo conocía? ¿Y qué con esa obsesiva idea de que era obligatorio pagarme el haberlo salvado? ¿Fue un error haber huido sin antes averiguar su procedencia? ¡¿Quién era?! ¡¿Quién?!

—¡Emma Rosalie Bennett!—el tono regañón de Isabella me trajo de vuelta a la realidad—. ¿Se puede saber qué mosco te picó?

Estaba fuera de la colchoneta. Me salí de ella en mi desesperado intento por encontrar respuestas a unas interrogantes que seguro jamás podría resolver.

—Uno de ojos azules...

—¿Ah?

—¡Ninguno! No me picó nada.

Isabella suspiró. Acto seguido, se giró para darme la cara. Traía una expresión de desilusión, una que decía por todos lados:

—A mí no me engañas.

Usualmente olvidaba que mi amiga era tres años mayor que yo, pero aún siendo tan joven, tenía un instinto maternal tremendamente sobre-protector. Claro que tenía la opción de echarle todo el cuento, pero la mataría de un infarto. No podía matar de un infarto a mi amiga que pronto se casaría con el amor de su vida. No todo el mundo encuentra el amor de su vida.

«Rápido, Emma, piensa en una excusa tonta, pero válida».

—Sí... es que... me bajó hoy.

«Excelente, hiper tonta, pero funcional».

Isabella me la compró.

—¡Ah! Bueno eso le da más sentido a todo—su expresión, que era una replica idéntica a las expresiones de mi madre cuando está a punto de darme un regaño, se transformó en una cálida sonrisa—. ¿Sabes en qué estaba pensando?

Y lo siguiente lo dijimos al mismo tiempo:

—En tu boda.

—¡En mi boda!

Era tan obvio, porque ese parecía ser nuestro único tema de conversación aquellos días. Se rió como una loca y empezó a hablar de lo emocionante que sería el día que finalmente llevara el apellido Sinclair.

Sus risas, ojos que resplandecían en medio de la lóbreguez y palabras de loca enamorada consiguieron hacerme olvidar el incidente de la tarde. Estaba feliz por ella: mi amiga estaba profundamente enamorada y contenta porque al día siguiente se mudaba con su príncipe azul con el cual, por cierto, se casaba en dos meses.

—¿No estás emocionada, Emma? ¡Mañana nos mudamos con Joseph!

—¡Sí, yuju!—pretendí entusiasmo.

Mentira. No tenía ni una pizca de entusiasmo. Yo no me quería mudar. Amaba nuestro pequeño apartamento y todas las memorias que habíamos creado ahí. Era el lugar que me permitió estudiar en Los Ángeles. Estaba segura que una mansión de multimillonario no llenaría mi alma de la misma forma que lo hacía nuestra caja de fósforos.

—Vas a amar la casa de Joseph—Isabella me abrazó—. Y a todo el personal, y la vista al jardín, ¡y tu habitación! Te gustará vivir allá y te tendré cerca para seguir cuidándote.

«Súper-suertuda-Isabella», no se me ocurría otra manera de llamarle. Pero una «súper-suertuda-Isabella» que me quería al punto de llevarme a vivir con ella en la casa de su futuro esposo. Más que mi mejor amiga, era la hermana que mis padres no me quisieron dar porque dicen que conmigo y mi carácter es más que suficiente.

Mientras que Isabella seguía hablando de todas las bondades de la Mansión Sinclair, mis párpados empezaron a pesar. Mi cuerpo no quería admitirlo, pero estaba exhausto de tantas emociones fuertes.

No me di cuenta del momento en que me desconecté del mundo. Solo supe que las palabras de Isabella se desvanecían rápidamente con el pasar de los segundos hasta que ya no hubo más que solo cuatro palabras en mi cabeza. Cuatro palabras que, en realidad, no pertenecían a Isabella:

«Debiste dejarme morir, Emma».

Capítulo 2

Nuevos comienzos

De todas las cosas que hago mal, madrugar encabeza la lista.

Si solo el hecho de saber que me tengo que levantar temprano al día siguiente me pone de mal humor, el acto de despertarme viene acompañado de una nube negra encima mía que escupe rayos. No solo eso, me transformo en una persona completamente distinta. Una Emma monstruosa, verde e insoportable, que no se aguanta nada de nadie. Uf, Bruce Banner ni sabe.

Y bueno... digamos que hoy no fue diferente:

—O TE LEVANTAS YA O NO TE TOCA POSTRE EN LA CENA—me gritó una Isabella cabreada, agarrando la colchoneta desde la parte inferior y halándola hacia sí misma, ya que fue imposible moverme a mí.

—NUNCA HAY POSTRE EN LA CENA—exclamé.

—EMMA ROSALIE BENNETT, LEVÁNTATE YA O TE IRÁ PEOR.

¿Qué podía ser peor que no comer un postre que nunca comíamos? Nada, así que seguí durmiendo.

—Te lo advertí.

Hubo paz por unos cuantos segundos en los que logré dormirme profundamente por enésima vez. Eso hasta que sentí algo húmedo y helado penetrar mi ropa, seguido de mi piel, finalizando con mis tejidos.

Agua.

—¡AAAAAHHHHH!—chillé sentándome de golpe.

La risa malévola de Isabella acompañada de su huída presurosa me indicó que había usado la técnica más vieja y sucia para despertar a una persona: tirarle un balde de agua fría. Literalmente.

—¡HOY MUERES, ISABELLA!

Pero Isabella ya había cerrado la puerta de la habitación confirmando su

partida.

—Querida—escuché su tono amable a lo lejos. Me hablaba desde el otro lado de la puerta—. Joseph sacó tiempo de su apretadísima agenda para mudarnos hoy a su casa. Está subiendo las escaleras ahora mismo, así que alístate rápido y sales porque nos tenemos que ir enseguida. ¿Sí? ¿Porfis?

No le respondí, pero no era necesario. Ella sabía que le haría caso.

Tal cual zombie, caminé hasta la ventana para tirar la cortina hacia un lado. Los cálidos rayos de sol penetraron la habitación y de pronto sentí nostalgia. Sería la última vez que, en dicha habitación, haría un puchero para no despertarme. La última vez que, en dicha habitación, Isabella me tiraría agua helada para levantarme. La última vez que abriría esa cortina para convencerme a mí misma que realmente había amanecido. Que había un nuevo día esperando para ser enfrentado.

Pero las últimas veces dan paso a experimentar primeras veces. Y aunque Isabella me decía una y otra vez que el motivo por el cual me llevaba a su futura residencia era que no quería que me quedara aquí sola, yo sabía su motivo real: quería ofrecerme una nueva oportunidad.

—¡Querida! ¡Joseph ya está aquí! ¿Te estás alistando?

Suspiré. En una batalla contra mí misma, me dirigí al baño, no sin antes, claro, torturar un poco a Isabella.

—¡Hola Joe!—abrí la puerta del dormitorio, con una sonrisa cínica adornando mi rostro. Joseph, que naturalmente intercambiaba saliva con Isabella, me sonrió de regreso.

—¡Buenos días Em...! ¡Santo Cielo! ¿Por qué estás toda empapada?

—Pregúntale a tu prometida.

Joseph fijó sus intensos iris azules en Isabella esperando una respuesta. Yo estaba deseosa de saber si realmente la estaba indisponiendo.

—Es que no se quería despertar—respondió ella honestamente encogiéndose de hombros.

Los labios de Joseph, que estaban inundados en sorpresa, se curvaron hacia arriba dando paso a la carcajada del año.

—Le hacía lo mismo a mis hermanos cuando estábamos en el colegio.

No me sorprendió en lo absoluto cómo reaccionó Isabella ante la respuesta de su novio: Achicó los ojos, lo vio con la ternura de enamorados que enferma, se rió un poquito, pero terminó otorgándole de gratis de su saliva otra vez.

Exhalé el aire derrotada, pero no pude seguir de mal humor aunque quise. Esos dos sí que se veían bien juntos. Estaban muy enamorados. Y verlos tan felices me hacía sentir feliz a mí también.

—Definitivamente ustedes dos son tal para cual—les dije.

Y tiré la puerta riéndome.

—o—

La forma de manejar de Joseph era tal como su personalidad: pasiva y protectora. Nunca me había sentido tan aburrida en un viaje hacia otra ciudad, pero Isabella parecía disfrutarlo.

Los miraba de vez en cuando: se sonreían entre sí en las paradas y cuando sonaba en la radio una canción que ambos conocían, desafinaban cantaban y bailaban juntos.

Yo estaba un poco incómoda y creo que Joseph lo notó, porque de pronto empezó a hablarme de la habitación que eligió para mí en su casa.

—Es la única en la casa con paredes blancas—decía con mucha confianza, como si nos conociéramos de toda la vida—. Así que puedes dejar volar la imaginación cuando decidas decorarla. Y claro, si quieres, mis hermanos y yo te podemos ayudar a pintarla. Además, hay un espacio especial para que puedas trabajar en tus pinturas—me guiñó un ojo a través de uno de los retrovisores.

Seguido, habló de sus hermanos:

—Creo que te caerán bien. Están en los veintes, así que tendrán mucho de qué conversar.

—Los amarás, Emma—le complementó Isabella—. Jane y Matthew son de lo más genial.

Me encogí de hombros.

—Sí, seguro—pretendí entusiasmo.

Isabella ya me había hablado antes de la familia de Joseph: tres hijos de padres fallecidos en un accidente automovilístico, lo que los dejó huérfanos hace cinco años, pero herederos de una gran fortuna. Con esta última crearon una famosa cadena de hoteles que se extiende alrededor de los cinco continentes, más otros negocios alternos que no especificó.

Definitivamente Isabella tenía su vida resuelta al casarse con tal galán, pero eso solo me hacía a mí preocuparme todavía más al no tener un trabajo estable. Me mantenía bien vendiendo lienzos pintados, pero no sería algo que me diera de comer por el resto de mi vida. Debía pensar en algo pronto.

Entre la conversación que se puso muy interesante y un par de canciones que canté con ellos cuando finalmente me sentí en confianza, llegamos a Beverly Hills, la ciudad de ricos y famosos donde casualmente también vivía la familia Sinclair, porque vamos, no iban a vivir en un pueblucho como el resto.

—Abre la puerta, Edward—dijo Joseph muy emocionado a un parlante cuando nos encontrábamos en el portón.

Las puertas se abrieron de par en par y... OH POR DIOS. Quedé TOTALMENTE estupefacta cuando el auto inició su recorrido por el jardín frontal de la mansión.

—Santa mierda...—no pude evitar decir para mis adentros.

Me preparé mentalmente para ver una casa gigantesca, pero no me esperaba que fuera una mansión de tal magnitud.

La fachada era de una mansión del siglo XX, pero con un toque pintoresco y a la vanguardia del siglo XXI. Alrededor de ella, se extendían hectáreas del pasto más verde y brillante que jamás había visto en mi vida. Seguramente porque en el pueblo en donde vivíamos todos los árboles estaban secos.

Sonreí. Era hermosa, un sueño hecho realidad. Una mansión diseñada por un talentoso arquitecto que, demonios, sí que sabía lo que estaba haciendo. Y luego estaba el trabajo de un diseñador seguro de sí mismo y fanático del movimiento minimalista que eligió un blanco perla para ser el color principal porque combinaría extraordinariamente con todo lo demás que le incluyeran.

Yo no sabía mucho de diseño y mucho menos de arquitectura, porque pues, casi no paso la materia en la universidad, pero no tenías que ser un

genio en ambas profesiones para apreciar tal trabajo.

Fue en ese instante cuando olvidé por completo la caja de fósforos en la que vivíamos. Isabella acertó: me enamoré profundamente de nuestra nueva vivienda.

Mientras apreciaba el trabajo hecho por los dioses del espacio sideral, Joseph estacionó su refinado auto justo enfrente de la puerta principal. Y entre risas traviesas, porque era obvio que yo estaba atónita, se bajó de él dispuesto a buscar nuestro equipaje en el maletero.

—Hermosa, ¿eh?—me dijo Isabella, yo asentí—. Y deja que te dé el tour interno. No querrás salir nunca de aquí.

Me obligué a cerrar la boca que estaba por empezar a salivar. Nos bajamos del auto. Joseph se posó frente a nosotras con dos o tres maletas y las colocó en el suelo. Entonces se le vio pensativo.

Antes de que pudiésemos preguntar el motivo, ya tenía el teléfono móvil en la mano y estaba marcando un número.

—Eh, Matt, ¿puedes darme una mano con las señoritas?

No supe qué más le dijo al tal Matt, porque estaba tan ansiosa de conocer la casa que los abandoné para correr alrededor del porche como cachorro contento recién adoptado. La brisa, cálida como esa mañana, acariciaba mi piel con tanta suavidad que era imposible evitar sentirme que finalmente estaba siendo libre.

Vaya... ¡Amaba verdaderamente el lugar! ¡Gracias Isabella por conquistar a ese tremendo galán multimillonario y dejarme disfrutar de los beneficios! ¡O de un par, por lo menos!

Una cosa llevó a la otra y quedé dando vueltas hasta quedar parada, muy despeinada, frente a la puerta principal. Isabella me miraba desde la distancia riéndose a carcajadas. Mientras tanto, Joseph seguía al teléfono.

Escuché un chirrido. Era la puerta detrás mía abriéndose, pero estaba tan distraída deleitándome con el paisaje mañanero que ni siquiera me inmuté en meterle mente a ello.

—¿Emma?—dijo mi nombre una voz masculina.

Mi cuerpo entero se paralizó. Un frío mucho peor que aquel que sentí en la mañana cuando Isabella me tiró el balde de agua helada recorrió cada una de mis entrañas en cuestión de milésimas de segundo. Dolía como el demonio. Más porque no se trataba de una sensación física, sino de la

más pura sensación de horror.

Tragué con dificultad. Esa voz... esa voz yo la conocía.

Con mi espalda entera tensa, cabello que debía estar como un espantapájaros, el corazón que me latía a mil por hora y mi rostro ensombrecido, me giré lentamente en dirección a la puerta.

Todo a mi alrededor pareció desvanecerse cuando lo vi: ahí parado, con el móvil pegado a la oreja y un rostro quizás más sombrío que el mío, estaba el desquiciado de la tienda que me correteó por todo Los Ángeles. Sus cautivantes ojos azules me miraban en shock.

—¿Tú... tú eres la amiga de la prometida de mi hermano?

Su... hermano...

Joseph... era... su... hermano...

Reí ahogadamente, pero ni siquiera eso ayudó que el peso que cargaba en mis hombros se alivianara.

Mi corazón quiso detenerse.

Luego no supe qué cara poner.

Entonces perdí el aliento.

Y... y...

Me desmayé.

Capítulo 3

Capítulo 4

Montaña rusa de emociones

Al llegar al jardín, me encontré con una imagen graciosa: la súper-suertuda Isabella dándole órdenes a tres hombres fornidos que vestían uniformes iguales.

Entre los tres hacían un gran esfuerzo por mover una fuente de cerámica de un extremo del jardín al otro. Y déjenme decirles algo: no se les veía el pecho tan caliente como a Matt.

—¡Eh, eh!—gritaba Isabella—. ¡Se están yendo hacia donde no es, es por acá! ¡No, no...! ¡NO! ¡QUE POR ALLÁ NO!

Oh sí, ella ya estaba convencida que era la reina de este castillo.

Me paré a su lado y pude apreciar otra maravilla más de la Mansión Sinclair: el más hermoso jardín renacentista. Consistía de dos niveles. El primero que se destacaba por hectáreas de un vibrante pasto verde, una gran biodiversidad botánica y un recorrido en un camino de cemento alrededor de ellos.

Hacia el segundo nivel, que era bajando unas escaleras, había una Casa Club: piscina, mesas, sillas y un área para reuniones exitosas.

Isabella notó que estaba boquiabierta.

—Eh, eh, contén la saliva ahí, señorita—me dijo risueña. Luego negó con la cabeza—. Lo sé, es realmente hermoso.

Parpadeé a mil por hora regresando a la realidad.

—¿Cómo hiciste para conquistar a este gran multimillonario?

—Te he contado esta historia un montón de veces, Emma—replicó—. No sabía que tenía tanto dinero así cuando empezamos a salir. Ni siquiera me estaba fijando en eso. Me enteré seis meses más tarde, cuando me trajo a la fiesta de cumpleaños de Jane. Ya estaba profundamente enamorada de él para aquel entonces.

Sus ojos brillaban mientras me recordaba la historia.

—La gente puede pensar que me caso con él por interés—bufó—. Pero no

se trata de eso, amo todo lo que es él, con o sin dinero.

«Claro, pero aún así estoy segura que con dinero todo es mucho mejor».

En el fondo, mientras Isabella brillaba con luz propia por su historia de amor, uno de los uniformados casi dejó caer la fuente. Por suerte ella no se dio cuenta y yo no le diría para no atentar contra la vida del pobre hombre.

—¿Te encuentras bien?

Volví mi vista hacia ella.

—Eh... sí, claro—mentí.

—Vamos, Emma. Estuviste muy inquieta durante gran parte de la noche, hoy te desmayas en la entrada de la casa y luego te horrorizas al ver a uno de los hermanos de Joseph. Puedes decirme que todo está bien en tu vida, pero sabes que no te creeré.

Tragué. Era el reemplazo de mi madre, sin duda alguna. Definitivamente no le podía mentir. Con mi madre real era más sencillo, pero Isabella era una maldita vidente.

—¿Te hizo algo Matt? ¿Por qué te asustaste cuando lo viste?—disparó con su revólver rosa de madre sobreprotectora—. Se honesta conmigo, Emma, sabes que intentaré comprender.

«Lo dudo, Isabella. Verdaderamente lo dudo».

Suspiré derrotada.

—Bien, te contaré, pero debes prometer no decirle nada a Joseph.

—¿Y por qué le diría a Joseph? ¿Es tan malo así?

—Solo promételo.

—De acuerdo, lo prometo.

Tomé aire. ¿Cómo decirle de manera bonita que Matt y yo habíamos sido víctimas de un robo a mano armada donde un ladrón casi lo mata a causa de un disparo en el estómago? ¿Y que yo, tan estúpida como de costumbre, arriesgué mi vida para salvarlo con una caja registradora de metal? ¿Y que encima me fui sin pagar las cintas adhesivas lo que posiblemente me convertía en una criminal a mi también? ¿Cómo contarle que, en este preciso instante, seguramente Matt debía estar desempacando mis bragas rotas porque estaba empeñado en pagarme el

favor convirtiéndose en mi sirviente de por vida?

—Ayer...—inicié el relato—. Cuando me pediste que fuera a comprar la cinta adhesiva para sellar las cajas de la mudanza que hacían falta, me metí en la más remota tienda que encontré y Matt estaba ahí. Y bueno, digamos que fuimos parte de un intento fallido de robo donde...

Isabella empezó a sofocarse. Se le notaba en la frente, en una vena que siempre se le inflaba cuando se sentía estresada.

—¿QUÉ?!—pegó el grito de su vida interrumpiendo mi patética historia. Al fondo, uno de los uniformados saltó del susto, pero la fuente ya estaba en el suelo—. ¡Cielo Santo, Emma! ¿Por qué no me contaste?!

La vena de su frente se veía enorme. Parecía que cobraría vida propia. Demonios, iba a matar a Isabella de un derrame cerebral.

—¡Pero estamos bien!—intenté tranquilizarla—. Solo digamos que... pues que uno de los ladrones le disparó a Matt y pudo haber muerto de no ser que usé una caja registradora de metal para evitar que la bala lo tocara.

—¿TÚ, QUÉ?

Maldición, seguía eligiendo la peor combinación de palabras para dar una mala noticia. ¿Es que existe una buena combinación?

—¡Estamos bien!—repetí fingiendo una sonrisa—. Es solo que ahora Matt piensa que debe pagarme el haber salvado su vida por una estúpida regla de vida que tiene de no deberle nada a nadie y me está tratando excesivamente bien.

Silencio matador.

Isabella se quejó fija, en su lugar, en shock.

Moví mi mano enfrente, con la intención de traerla otra vez a la realidad.

—¿Isabella?

Las comisuras de su boca temblaron. Y justo cuando creí que se desmayaría del shock, se curvaron hacia arriba. Una risita brotó de sus labios para entonces... soltar la carcajada.

Rió con tanta, pero TANTA diversión, que me sentí ofendida. ¿Es que acaso le parecía divertido lo que estaba diciéndole? ¿Hubiese preferido que Matt muriera en aquella tienda? O peor, ¿que yo muriera y JAMÁS pudiese probar su torta de bodas de cinco pisos? ¡Me moría por probar esa

torta!

—Amiga, me estás tomando el pelo—dijo sin mucho aire.

Fruncí el ceño.

—¡Claro que no! ¿Por qué mentiría en algo así?

Isabella se pasó la mano por uno de sus llorosos ojos a causa de la risa. Seguidamente me acarició la cabeza.

—No he dicho que mientes, Emma. Te creo lo del robo y eso—dijo despreocupada—. Lo que no creo es que Matt te esté tratando tan bien solo porque quiere pagarte el favor. Es solo una excusa para acercarse a ti, querida Emma.

¡Uff! Yo opinaba lo mismo al principio, pero Matthew Sinclair se veía tan aferrado a su ridícula regla de vida. Me daba miedo entablar una amistad con alguien tan demente así.

—¡Ah, vamos, Isabella! ¿Por qué él haría eso?

—¿Cómo que por qué? ¿Acaso ya te viste en el espejo?—sonrió—. Eres preciosa, amiga, le llamaste la atención. Solo está usando la excusa del robo para conocerte mejor.

Mis mejillas ardieron e Isabella lo notó. Es más, hasta creo que quiso aprovecharse de ello para seguir avergonzándose.

—¿No te gustaría salir con él?

¡Já! Ni loca.

—No—respondí cortante.

Isabella volvió a reír. Estaba disfrutando tanto esto.

—¿Por qué no?

¡Porque era un raro!

—No estoy de ánimos para salir en citas en este momento de mi vida—repliqué y no era del todo mentira. Seguía sufriendo en silencio mi rompimiento, aunque ya hubiesen pasado cuatro años. No estaba dispuesta a salir con más nadie hasta superarlo.

La súper-suertuda Isabella arrugó el rostro en señal de enojo. Estaba

segura que comprendía mis razones, pero no las compartía.

—Ya olvídate de ese idiota, Emma—regañó—. No te hace bien pensar en él y te aseguro que él se olvidó de ti desde el momento en que te mudaste a Los Ángeles. Hasta creo que ya debió revolcarse con mínimo cinco chicas más desde entonces.

«Gracias Isabella, eso me ayuda mucho en mi superación personal».

—Decidiste quedarte conmigo en Los Ángeles y ambas estamos entrando en una nueva etapa en nuestras vidas. Debes empezar a salir con otras personas, Emma. Yo ya encontré a la persona de mi vida y tú también mereces encontrarla.

En el fondo sabía que mi madre adoptiva tenía razón y quería con toda mi alma hacerle caso, pero mi corazón no parecía dispuesto a sanar. Era un rebelde sin remedio, pero solo porque quería protegerse de recibir más heridas.

Isabella, llena de la ternura que la caracterizaba de vez en cuando, agarró mis manos. Clavó sus grises ojos en los míos y terminó su sermón con una simple frase que significó todo para mí:

—Llegó tu momento de empezar una vida nueva.

—o—

Las palabras de Isabella revolotearon como mariposas en mi mente mientras caminaba de regreso a mi dormitorio.

«Llegó tu momento, Emma»

«Empieza una vida nueva»

«Te mereces encontrar a la persona de tu vida»

Exhalé aire antes de girar la perrilla. ¿Por qué uno no puede simplemente atender a los consejos que te dan los demás? ¿Por qué debes golpearte una y otra vez antes de entender lo que es mejor para ti y aferrarte a ello? ¿Por qué enamorarse sucede en una milésima de segundo y sanar un corazón herido demora una vida entera?

Abrí la puerta. Matt seguía ahí, sentado en mi cama doblando algunas prendas de ropa. Las maletas, incluyendo la azul, descansaban frente a la

cama y sobre ésta, reposaba un montón de ropa esperando ser guardada.

Me sorprendió ver que Matt había segmentado la ropa en categorías: pantalones de diario, blusas de diario, pijamas, ropa de eventos sociales, abrigos, zapatos formales (solo eran dos pares, bravo yo, la súper social Emma) y zapatos de diario.

Mmm... así que este chico era el dios del orden.

La ropa interior, por otra parte, no estaba entre las categorías, lo que me hizo sonreír en mi interior. Matt había respetado mi deseo de no tocar la maleta azul. Tal vez no era tan testarudo como yo pensaba.

Cuando se percató que estaba en la puerta admirando su don de poner orden sobre mi desorden, alzó la cabeza para regalarme una cálida sonrisa.

—Regresaste rápido.

Asentí. Y simplemente me senté a su lado para ayudarlo a seguir doblando la ropa. Tampoco era una aprovechada para dejar que lo hiciera todo solo.

—¿Qué tal el jardín?—preguntó.

—Es hermoso. Será la boda del año, definitivamente.

—Sabía que te gustaría.

Un pequeño silencio nos invadió. Uno que pudo haber sido peligrosamente incómodo, pero no lo fue. Todo lo contrario, fue muy cómodo hasta que decidí romperlo con un largo suspiro lleno de melancolía.

—Lamento mucho lo de tus padres, Matt.

Fue el turno de él de suspirar.

—Yo también lo lamento.

—Vi la pintura que tienen en una de las salas de la casa, tus padres se veían realmente enamorados. Y ustedes, inmensamente feliz de ser parte del mismo universo de ellos.

—Sí, así es—replicó—. Pero el universo sigue a pesar que no estén ellos, ¿sabes? Jane, Joseph y yo tratamos de recordárnoslo cada vez que es

necesario.

Como dije: universos rotos, pero no personas rotas.

—¿Qué hacías en esa ferretería ayer? ¿No tienes sirvientes que hagan las compras por ti?

Matt rió a carcajadas. Ahí descubrí por qué su risa era melodía para mis oídos: porque si una persona que había pasado por tanto sufrimiento podía seguir riendo de esa manera, el universo entero tiene esperanzas de no seguir rompiéndose.

—No estaba haciendo compras del hogar.

—¿Qué hacías, entonces? ¿Visitabas a la rubia?

—Tampoco, y supera a la rubia ya por favor—replicó con su arma mortal en el rostro—. Estaba supervisando, es mi ferretería.

Oh. Eso explicaba por qué exigía los estados de cuenta a la rubia. Ciertamente, los Sinclair no solo eran dueños de una gran cadena hotelera, sino también de otros negocios alternos. Mmm... ¿qué otros negocios tendría Matt?

—Bueno, de papá en realidad—corrigió—. Cuando falleció, Joseph quería clausurarla. Pero yo no quería clausurar el mejor recuerdo que tengo de mi papá, así que le dije que yo me haría cargo de ella.

Boom, boom, boom. Mi corazón bombeó aceleradamente. Este chico tenía el corazón más tierno que yo jamás había conocido. Estaba a cargo de una diminuta ferretería que seguro no representaba un gran ganancia para él, pero la mantenía por el simple hecho de que pertenecía a su papá.

—¿Qué quieres decir con «el mejor recuerdo»?

—Papá era arquitecto. Construía muebles en su tiempo libre. De hecho, le ayudé a construir muchos de los muebles que están en casa. En un inicio la ferretería era un depósito, pero decidió convertirla en una micro empresa.

Vaya, más razones por las cuales la Mansión Sinclair era tan espectacular.

—Tu papá es mi héroe. Yo casi no paso arquitectura en la universidad.

—Sí, se nota que careces de disciplina en tu vida.

—¡Oye!—me quejé—. Que mis maletas estén llenas de porquerías no significa que carezco de disciplina en mi vida.

—De hecho, Emma, eso es exactamente lo que significa.

Exploté en una carcajada. ¿Cómo era posible? Hasta hace un momento estaba melancólica pensando sobre mi universo roto y ahora reía como si todo estuviese perfectamente bien con mis emociones.

Negando con la cabeza, porque Matt era un experto en contraatacarme, me levanté para buscar otra maleta y seguir desempacando.

—Así que construías cosas con tu papá...—solté sin pensar—. ¿Osea que si quisiera que construyas un librero para poner todas mis novelas, lo harías?

—Claro—ni siquiera titubeó—. Sería más fácil comprarte uno, pero si tu ilusión es que lo construya para ti, entonces puedo hacerlo.

Un segundo, ¿acaso le acababa de dar una idea?

—No, no, no—le negué con la cabeza repetidas veces—. No es ninguna ilusión, se me escaparon las palabras sin pensar, suelo hacerlo a menudo.

—Bueno, Emma, recuerda que estoy pagándote el haber salvado mi vida. Piensa bien lo que vayas a pedirme, porque lo cumpliré sin pensarlo.

Genial, lo último que me hacía falta en mi vida: un genio mágico.

Decidí cambiar el tema para no seguir encendiendo el rancho.

—¿Qué otros negocios tiene tu familia?

—Bueno—replicó—. Joe se dedica enteramente a nuestra cadena de hoteles, por lo que está poco en casa. Yo le ayudo con la administración, pero localmente. Lo bueno de que sea nuestro negocio es que puedo ayudarlo desde donde sea que esté, no es necesario que esté todos los días en la oficina.

Saqué un vestido y lo doblé en cuatro. Eran un vestido que mi mamá, en medio de sus locos días en los que creyó podía tejer, lo tejió para mí. Le costó tantas semanas hacerlo que luego de eso renunció para siempre a tejer.

—A veces visito la ferretería para verificar que todo marche bien—continuó Matt—. Jane, por otra parte, coordina la parte de relaciones públicas y eventos. Además, hace poco lanzó una franquicia de salones de belleza.

Vaya, qué familia tan emprendedora. Y mientras tanto yo comiéndome un cable vendiendo lienzos pintados.

—Eso explica por qué Jane luce tan sofisticada.

—¿Segura de eso? Deberías verla sin maquillaje, se ve terrible.

—Ay, por favor.

—¿Y tú, Emma? ¿Qué haces para ganarte la vida?

Exhalé de mala gana.

—Definitivamente no tener una cadena de hoteles que genera millones al mes, si eso es lo que preguntas.

Matt rió.

—Vamos, cuéntame.

No estaba segura si quería contarle sobre mi vida, porque seguramente me haría ver como una perdedora, pero me sorprendí hablando con fluidez sobre mí.

—Bueno, ¿sí sabes que estudié artes plásticas en Calarts?

—Claro, y que eres muy talentosa, según fuentes fidedignas.

—Estoy segura que fue Joseph quien te dijo eso y te informo que solo lo dice para que lo quiera. Soy una principiante en esto. Fue mi madre quien me convenció que debía ser una artista y me ayudó a venir a Los Ángeles a través de un programa de intercambio. Así fue cómo quedé viviendo con Isabella.

—¿Y qué ramas del arte te gusta?

—Ya sabes... pintura, escultura, fotografía, dirección artística en teatro y cine. Me encanta buscarle el lado artístico a la vida, es mucho más divertido que el realista.

Matt asintió.

—Concuerdo—me dijo—. ¿Así que vendes pinturas o algo así?

—Así es.

—¿Y es un buen negocio?

La prenda, que doblaba enérgicamente, cayó de golpe sobre mis piernas tras la pregunta. El sentimiento de ser una perdedora llegó instantáneamente a mí.

—Es... un negocio—repliqué simplemente.

Por supuesto que Matt no se conformó con mi respuesta.

—¿Qué quieres decir con que es «un negocio»?

—Lo que quiero decir es que te sorprendería saber lo poco que gano, pero sobrevivo. Tal vez pruebe trabajando en alguna galería para darme a conocer o quizás simplemente me canse de esto y decida conseguir un empleo real. Uno de esos aburridos donde te pagan mucho dinero por hacer algo que no te gusta.

Matt se levantó. Llegó hasta la maleta más grande que traje conmigo. La sostuvo en brazos hasta la cama, abrió la cremallera y giró hacia abajo. De ella cayó lo que más tengo en este mundo: abrigos. Simplemente nunca son suficientes.

—No es que te conozca mucho, pero no pareces el tipo de persona que renuncia a sus sueños por el dinero.

Ah... Definitivamente no me conocía bien.

Algo resonó de pronto en el suelo. Era el sonido de un metal impactando con la alfombra cara que recubría el piso. Curiosos, tanto Matt como yo, dirigimos la vista hacia donde se había desencadenado el sonido turbio.

Y ahí estaba el culpable: una caja de metal.

Al principio ni siquiera recordaba qué era, pero cuando Matt lo sostuvo y levantó en el aire para mostrármela, me horroricé. ¡Olvidé por completo que tenía eso ahí escondido para que Isabella no lo viera!

—¿Qué es esto?—preguntó él dispuesto a abrir la caja.

Petrificada, porque definitivamente no quería que la abriera, me puse de pie de un salto. ¡¿Cómo olvidé que eso estaba ahí?!
!

—¡Eh, eh, más ropa interior! ¡No lo toques!—chillé.

—¿En una caja tan pequeña?

Justo cuando se dispuso a abrirla, corrí hacia él. Intenté quitársela, pero mi intento fue patético. Aprovechó que era muchos metros más alto que yo para alzar el brazo de la mano que sostenía la caja, por lo que quedé saltando sin lograr alcanzarla.

—¡Por favor, Matt, te lo ruego! ¡No la abras!

Su rostro se llenó de diversión.

—¿Por qué, linda? ¿Guardas aquí tu hierba?

No sé ni qué fue peor para mi cerebro: que me llamara «linda» o que insinuara que yo fumaba hierbas raras. Eso solo lo había hecho una vez y terminó tan mal que me convencí que la marihuana no me merecía.

Aún así, era la perfecta excusa.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso es! ¡Suéltalo!

No sé si me creyó o no, pero bajó el brazo. Riéndose, me entregó la caja. Yo, exhalando de alivio, la sostuve en mis manos lo más deprisa que pude.

Tan deprisa que no me percaté que estaba abierta y como, por supuesto, el destino me odia, cayeron un montón de objetos que había dentro.

—Oh no—dije.

Me agaché para recoger una de las únicas cosas que no quería que viera, pero fue demasiado tarde. Matt se anticipó y recogió el papel, que en realidad era una fotografía.

Mientras su rostro se llenó de confusión ante lo que sus ojos observaban, yo bajé la cabeza derrotada. Todo se tornaría muy incómodo.

—¿Quién es este hombre?—preguntó volteando la fotografía para que yo la viera. Estaba tan serio que extrañé por un instante sus payasadas.

Le quité la foto de mala gana.

—Nadie.

Y con «nadie» me refería a que en la foto salíamos el patán que dejé en

Seattle y yo, besándonos.

Matt se cruzó de brazos.

—Pues para ser nadie, tus labios se ven muy complacidos—contraatacó enojado.

¡Pero qué descaro! ¡Yo debía estar enojada, no él! Y de hecho, sí lo estaba. Estaba muy enojada por entrometerse de esa manera en mi vida.

—Dijiste que no tenías novio—reclamó.

—No tengo.

—¿Entonces quién es?

«Ya, Emma, dile la verdad. Ni que fuera tan malo».

—Un primo.

«O puedes mentir, claro. Porque Matt es idiota y te creerá».

—¿Un primo? ¿Te besas con un primo?

—¡Es escocés! ¡Es parte de su cultura!

—Emma, ¿así de idiota me veo?

«Te lo dije. ¡Argh! ¡Cállate subconsciente, solo cállate!».

—Emma—insistió Matt.

Suspiré derrotada.

—Es alguien de mi pasado.

—¿Un ex-novio?

Mi corazón se estrujó. Dolió tanto mi pecho que advirtió que las lágrimas vendrían pronto.

—Tal vez no sea ex... tal vez podamos volver.

Cielo Santo, qué desdichada. Todo estaba mal: haber guardado las fotos, haber traído esa caja conmigo, habérsela ocultado a Isabella, haberla usado durante todo este tiempo como un método para no reconstruir mi

universo, porque tenía la opción de hacerlo y no quería.

—¿Hace cuánto que rompieron?—cuestionó Matt.

—Cuatro años.

Un pequeño grito salió de la boca de Matt.

—¡¿CUATRO AÑOS?!—entonces bajó la voz para decir—: ¿Y conservas esa foto? ¿Es en serio? ¿Qué más conservas de él?

Seguido, me quitó la caja de las manos. No tenía derecho alguno, pero a ese punto, dolorosos recuerdos de mi primera relación amorosa azotaron mi mente. Ya no tenía fuerzas para seguir ocultando mi tristeza.

Matt sacó una a una las cosas de la caja: un dije, más fotografías, entradas de cine, basura que tenía de los lugares que visité con mi ex-patán y lo peor, la servilleta de la discordia, una que, en una caligrafía horrenda, decía...

—«Te amo, Emma»—leyó Matt.

Mis ojos se cristalizaron. Las lágrimas vendrían pronto.

Mientras tanto, el rostro de Matt me lo dijo todo: entendió qué ocurría y se sentía decepcionado por la situación.

—Esa fue la primera vez que me lo dijo—expliqué.

—¿En una servilleta?!

—¡Sé que lo dijo en serio!

—Oh por Dios, Emma, eres miserable.

Estaba siendo muy cruel, pero no pude culparlo. Lo era, era muy miserable. Es de miserables tener la oportunidad de superar un corazón roto, pero no hacerlo por miedo a seguir adelante.

Exhalé la última bocanada de aire que me quedaba y con él, mi fortaleza se esfumó. La razón por la que guardaba todas esas cosas era porque mi corazón conservaba una pequeña pizca de esperanza. La esperanza de que volvería a encontrarme con mi ex-novio y que cuando eso sucediera, le mostraría todos nuestros recuerdos para que recapacitara sobre nuestra relación.

Lamentablemente la pequeña pizca de esperanza terminó por convertirse en una obsesión. Un filoso cuchillo que me cortaba cada vez que abría esa

caja y me impedía sanar mis heridas.

Cabizbaja, con el alma y corazón rotos en mil pedazos, me senté sobre mi cama. Matt, sabiendo que había sobrepasado la raya, exhaló y se sentó a mi lado. Guardó la servilleta y la foto en la caja, para luego colocarla sobre mi mesa de noche.

—¿Al menos te lo volvió a decir después de haberlo escrito en esa servilleta?—preguntó con voz suave, llena de compasión.

Fue todo para mí cuando me respondí internamente:

«No».

Así, sin querer, las lágrimas brotaron de mis ojos. Primero despacio, como si tantearan si era seguro recorrer mis mejillas y luego, cuando se convencieron que lo era, salieron a una velocidad que no pude controlar.

Matt, viendo mi reacción, no tuvo necesidad de preguntar por segunda vez.

Estaba muy concentrada llorando como la magdalena de cabello rojo mal pintado que era cuando, repentinamente, sentí un toque en mi mano. Fue sutil, inseguro, pero adquirió tanta seguridad que se convirtió en la mano de Matt agarrando la mía.

—Emma, mírame.

Lo hice. Debía verme como un monstruo lleno de mocos, pero lo hice.

Con su otra mano, Matt se atrevió a secar mis lágrimas.

—No llores—pidió cálidamente—. Lamento haber sido tan duro contigo, pero debes admitir que esto es retorcido y te hace daño.

Solo pude asentir con la cabeza.

—Pero está bien—continuó. Sus labios se curvaron hacia arriba—. Creo que ya sé cómo te pagaré la deuda que tengo contigo por haber salvado mi vida.

Mis llantos cesaron. De repente ya no me sentía dolorida, sino confundida.

—Es obvio que tienes el corazón roto. ¡Desde hace cuatro años!

Sonreí. Con el rostro como el de una pasita arrugada, pero lo hice.

—Así que esto es lo que sucederá.

Así, lleno de la seguridad que lo caracterizaba, inició su monólogo:

—No hay forma de que alguien pueda vivir tranquilo con el corazón tan roto como tú lo tienes. Eso no es felicidad, es una prisión. Tú salvaste mi vida ayer y ahora yo salvaré la tuya. Me encargaré de que vuelvas a ser feliz.

Eh, okay. No estaba segura si verlo como algo tierno o como algo típico de alguien que consume un hongo raro, pero decidí no interrumpirlo.

—Solo necesito que me pases la factura—sonrió—. La factura de tu corazón. Yo me encargaré de pagarla.

Seguidamente, con la cursilería activada, agarró la caja y sacó la fotografía. La rompió. Agarró la servilleta. La rompió también. Agarró mi corazón. Lo romp— no esperen eso no. Pero así se sintió, porque así se siente cuando estás a punto de ser liberado: duele como el demonio, pero solo porque viene la purificación.

Matt tiró los restos dentro la caja y la cerró.

—Me llevaré todas estas cosas y me encargaré que jamás las vuelvas a ver. Y no te preocupes, no le diré nada a Isabella. Será nuestro pequeño secreto, con tal de que prometas poner de tu parte. ¿Lo prometes, Emma?

Asentí con la cabeza.

Entonces sentí que mi corazón era un montaña rusa de emociones, que ascendía y descendía con cada palabra del monólogo de superación de Matt. En ascenso, lideraba la esperanza. En descenso, oprimía el miedo.

—Y yo, Emma, te prometo que...

Bajada, subida, bajada...

Matt volvió a agarrar mi mano.

Subida...

Sus azules ojos brillaron sobre mis ojos café.

Subida...

Apretó levemente.

Subida...

—Voy a sanar tu corazón.

Y desde ese día nunca dejó de subir.

Capítulo 5

¿Tenemos un trato?

Mi primera noche en la Mansión Sinclair fue sencillamente hermosa.

Y con «hermosa» me refiero a que logré dormir profundamente. Fue un sueño casual, reparador, donde una Emma llena de júbilo corría alrededor de girasoles, unicornios, arcoiris y un Matt con el torso al aire rompía la fotografía de su ex-patán para luego abrazarme y saltar juntos riéndonos.

Espera, ¿QUÉ?

—¿Y tú qué demonios haces en mi sueño?—dije aprovechando el momento de lucidez—. ¿Y por qué estás semi-desnudo?

Pero él no reparó en mí. Siguió saltando con su arma mortal en el rostro al mismo tiempo que los papelitos triturados de la fotografía caían sobre nosotros como si fuese una pequeña llovizna de esperanza.

«Pásame la factura tu corazón», me decía entre brincos.

«Yo la voy a pagar», continuaba con el monólogo.

«Toc toc toc», salió de su boca.

Bueno, eso sí no fue normal.

«Toc toc toc», resonó más fuerte a nuestro alrededor.

¿Y ese ruido? ¿Alguien tocaba una puerta? ¿Pero qué puerta? ¿Sería la puerta de mi corazón? ¿O la puerta de...?

—¡Emma, despierta!

Abrí un ojo débilmente. ¡Qué tonta! ¡Era la puerta de mi habitación! Alguien la tocaba insistentemente sin saber que eso podría desencadenar mi malhumor mañanero. ¿Pero qué hora sería? ¿Por qué todo estaba tan oscuro? ¿Y quién osaría en irrumpir de esa manera en mi sueño?

La puerta se abrió de golpe y mis ojos hicieron lo mismo.

—Despierta, Emma—se reflejó de pronto la imagen de Matt apareciendo

entre tanta oscuridad.

Parpadeé una vez, dos veces... y luego...

Los cerré.

—Maldición, Isabella tenía razón. Eres una roca cuando duermes.

La voz de Matt continuó esparciéndose en medio del silencio que reinaba. Ni siquiera supe qué dijo, porque estaba más concentrada dejándome inducir por las hermosas telarañas de Morfeo, el dios del sueño.

Todo estaba volviendo a ser tan hermoso con los girasoles y unicornios hasta que... ALGO EXTREMADAMENTE BRILLANTE PENETRÓ EN MI CAMPO DE VISIÓN.

Volví a abrir los ojos. Matthew Sinclair se mantenía de pie en la ventana de mi dormitorio, acompañado de una risita malévolas, tirando a un lado las cortinas que me protegían mi espacio de la luz del día.

Demonios, no me había quedado dormida con los ojos abiertos. Matt estaba ahí presente tratando de despertarme. Traía puesto unos pantalones que le llegaban un poco más abajo de la rodilla, una sudadera y zapatillas que brillaban igual o más que el sol que me destruía la córnea.

—No puede ser—susurré incrédula.

¿Pero qué rayos quería? ¿Y quién se creía que era para entrar así a mi habitación? ¿Unas pocas horas del día anterior hablando de nuestros sentimientos y ya pensaba que podía entrar a diestra y siniestra en mi espacio personal?

—Buenos días, Emma. ¿Ya te desp...?

Agarré la sábana y la tiré hasta arriba para cubrirme con ella antes que él pudiese terminar su oración. Me quedé dormida y ni siquiera escuché el final de su pregunta. Lo sé, es un don.

Y de pronto...

¡Unicornios, son uste...!

La sábana se desprendió de la nada de mi cuerpo trayéndome a la triste realidad una vez más. Matt se encontraba ahora en la parte inferior de mi cama, con mi sábana siendo agarrada por sus manos y un rostro muy

serio.

¿Pero qué...?! Ahora sí que no podía con este soquete.

—¿PERO QUÉ TE PASA?—grité alzándome un poco.

—Es hora de despertarse, Emma.

Aproveché para echar un vistazo al reloj digital de una de las mesitas de noche: 6:17 a.m. ¡Oh, por Dios! ¡Este chico quería matarme privándome de mis horas de sueño!

—Vamos, arriba, arriba, arriba—insistió.

—¡Estás loco! ¡Son las seis de la mañana!

—Lo sé, es muy tarde—agarró uno de mis pies y tiró de ellos.

«Oh, no, no, ni se te ocurra, amigo».

Conociendo perfectamente esa técnica sucia, me encogí de prisa hasta quedar en posición fetal. Y mis brazos, ni cortos ni perezosos, agarraron el respaldo de la cama lo más fuerte que pudieron.

—¡Ah! ¡Con que te haces la difícil!

Cerré los ojos. ¡Já! Ni loca permitiría que ese inepto me sacara de lo máspreciado que tengo en la vida: mi cama. Aunque bueno, técnicamente ésta no era mi cama de siempre, ¡pero ese no es el punto!

Las manos de Matt sostuvieron mis pies por segunda vez.

—Tenía la esperanza de no llegar hasta esto, pero...

Mi grito fue inminente cuando sentí que una fuerza indescriptible concentrada en mis pies me arrastraba hacia abajo. Las manos de Matt tiraban tan fuerte hacia atrás y yo me deslizaba sin remedio por todo el colchón.

Divisé el suelo enfrente mío, y el inepto de Matthew Sinclair ni siquiera se esmeró en atraparme. Es más, se quitó para darme paso a besarme con la alfombra.

Sentí que me asfixiaba entre tanta lana (sin contar que posiblemente me había desayunado una buena parte), así que giré mi cabeza hacia un lado descubriendo nuevamente la luz.

Y ahí, agachado a mi lado, estaba Matt con una sonrisa de complicidad.

—Si vas a ser feliz, necesitas un corazón saludable. Así que hoy empezaremos el día trotando.

No podía ser. Este inepto me había despertado a las seis de la mañana con la esperanza de que 1) me iba a despertar, 2) saldría a trotar con él.

Pobre iluso.

—No es como que quiera arruinar tus sueños y esperanzas—susurré—, pero no puedo salir a trotar contigo hoy. Ni mañana. Ni pasado mañana.

«Ni lo que me queda de vida», pensé, pero no se lo dije.

—¿Por qué?

«Porque la pereza me consume», pensé. Pero tampoco se lo dije. Más bien opté por buscar una excusa creíble.

—Porque no tengo zapatillas.

¡JA! Sí, esa fue buena, Emma. Y bueno, digamos que no era mentira, en verdad no tenía ni un par de zapatillas para trotar. Primero porque odiaba trotar, segundo porque odiaba ejercitarme y tercero porque estaba convencida que jamás saldría de mi zona de confort en la cual hacer ejercicio representa una aberración.

—Mmmm...—murmuró Matt—. Les pediremos prestados unos a Jane.

—Pfff... ¿has visto lo hermosa y alta que es Jane? Debe tener los pies enormes, seguro no me quedarán.

El ceño de Matt se frunció. Su expresión decía por todos lados: «Sé lo que intentas y no lo permitiré»

—A Isabella, entonces.

Mi sonrisa fue de pura maldad.

—No tiene tampoco. Como estuvimos en proceso de mudanza las últimas semanas, tuvimos que deshacernos de todo lo que no usábamos. Y las zapatillas, pues, lamentablemente...—no, no era para nada lamentable—. Estaban entre esas cosas. Así que ni Isabella y yo tenemos zapatillas. ¡Qué desgracia!

No sé si Matt me creyó, pero estoy casi segura que sí porque se quedó sin habla. Seguido, se llevó una mano a su barbilla y, pensativo, la frotó por

unos cuantos segundos. Unos cuantos segundos en los que yo, naturalmente, me felicité por tan inteligente coartada.

De repente chasqueó los dedos. Asustada, lo miré con mi siempre útil expresión de «¿Eres un loco o te estás haciendo el loco?».

Sacó el teléfono móvil del pantalón de trotar, tocó unas cuantas veces sobre la pantalla y se lo llevó al oído.

—¿Pero qué...?—pregunté.

—¡Hola Will!—exclamó Matt callándome con una mano.

¿Will? ¿Quién demonios era Will?

—¡Sí, sí, perdona, de verdad disculpa la hora!

Ah... con él sí se disculpaba por la hora. Pero a mí que me partiera un rayo.

—No, te juro que es una emergencia—se rió nervioso—. ¿Podrías traerme un par de zapatillas de mujer en talla ocho?—miró a mis pies—. Mejor que sea siete y medio.

Me golpeé la frente con una mano. Primero que todo, necesitar zapatillas a las seis de la mañana no es una emergencia y segundo, ¿éste qué era? ¿Ortopeda? ¿Cómo pudo saber mi talla con solo mirar mis pies?

—¿Color? Mmm...—volvió a mirarme—. ¿Qué color te gusta?

—Ni siquiera pienses que te diré cuál es mi color fav...

—Azul.

Me petrifiqué y él lo notó, pero se enfocó en la conversación. Efectivamente ése era mi color favorito. ¿Pero cómo lo supo?

Matt ni siquiera se inmutó en despedirse del tal Will. Sencillamente introdujo el teléfono en su pantalón y sus oceánicos ojos volvieron a mí.

—¿Qué?—preguntó cuando me vio en shock.

—¿Cómo supiste que ese es mi color favorito?

Su arma mortal brilló en su rostro como diamante en bruto.

—No lo sabía. Me lo acabas de decir con tu expresión.

Así, sin más, se dirigió a la puerta dejándome mucho más atónita de lo que una persona atónita podía estar dentro de las posibilidades de lo atónito (tomado del libro "Frases filosóficas de Emma - parte uno").

—Debido a este inconveniente, empezaremos un poco más tarde hoy—dijo a mi cuerpo carente de vitalidad al mismo tiempo que abría la puerta—. Pero no te escaparás de ésta, Emma. Tenemos cinco kilómetros que trotar.

Dudé que alguien trajera zapatillas a las seis de la mañana.

Dudé que yo lograra trotar cinco kilómetros ese día.

Dudé que podría recuperar mis signos vitales pronto.

Pero una cosa fue indudable:

Matt había empezado a analizarme.

—o—

Para la buena suerte de Matt y definitivamente la mala mía, Will sí llegó. Lo supe porque tan solo diez minutos después del shock del psicoanálisis, el timbre sonó tan fuerte que me devolvió mis signos vitales.

Corrí fuera de la habitación directo a las escaleras para espiar. Diría que no soy chismosa, pero vaya que lo soy. Y es que debía comprobar con mis propios oídos supersónicos que Matt no mentía en relación al asunto de las zapatillas y trotar cinco kilómetros.

Un poco lejano, pero lo suficiente para chismorrear, se veía a Matt animado abriendo la puerta principal de la casa, lo que descubrió una magistral imagen: el cabreo personificado en hombre con una caja de zapatillas en las manos.

El hombre que tenía enfrente era de piel canela y su porte era similar al de Matt: alto y robusto, pero sin nada de cabello, tanto a nivel de cabeza como rostro.

Debajo de sus ojos, unas enormes ojeras parecían formarse. ¡Oh!

Claramente Matt lo había sacado de la cama también.

—¡Hola Will!—exclamó Matt. Golpeó su hombro con un puño—. Pero qué rápido llegaste, hermano.

Pero Will no le correspondió con el mismo ánimo. Se veía realmente fastidiado.

—Matt, son las jodidas seis y media de la mañana.

Los hombros de Matt se encogieron.

—Te pagaré el doble de lo que cuestan, lo juro.

—No, Matt, mírame al rostro.

Matt no obedeció. Hizo un ademán por intentar quitarle la caja a Will de las manos, pero éste lo amagó. Me mordí el labio para no soltar la carcajada.

—MÍRAME AL MALDITO ROSTRO, MATT.

Los hombros de Matt cayeron derrotados. Entonces hizo lo que Will le pedía.

—¿Es por una chica, cierto?

—¿Qué? Claro que n...

—¡Ah! Sí es por una chica.

Hubiese dado lo que fuera por ver la expresión de Matt en ese momento. Yo no lo conocía tanto como para descubrirlo en una mentira, pero deducía que Will debía ser alguien de confianza para él como para tratarlo de tal manera.

—¿Qué es? ¿Una nueva novia?

—No.

—¿Ya estás saliendo en citas?

—No.

—¿Durmió contigo?

—¡NO!—exclamó Matt—. Y a todo lo indecente que estés por preguntarme, la respuesta es no y siempre será no. Estoy devolviendo un

favor, es solo eso.

El semblante de Will cambió por completo. Sus ojos, sumamente apagados por el sueño, adquirieron un brío incomparable, como cuando te regalan algo que siempre quisiste. Soltó una risa de victoria, para luego tirarse encima de Matt y abrazarlo.

—¡Estoy tan orgulloso de ti, hermano!

Matt se veía tan confundido que no pude evitar sentirme feliz al respecto. La vida se estaba vengando de él por despertarme tan temprano. Así es, señoras y señores, el karma trabaja de formas misteriosas, pero nunca se equivoca.

—Toma la caja y no me vuelvas a llamar más nunca a las seis de la mañana—se separó para entregarle la caja con las zapatillas—. Esta va por mi cuenta porque se trata de una chica, espero que le guste a...

Will no siguió hablando. Esperaba que Matt respondiera.

—Emma.

¿NO SE PUDO INVENTAR OTRO NOMBRE?

—¡Emma!—dijo Will—. ¡Al menos dormiste con una chica con un nombre herm...!

Matt tiró la puerta en la cara de Will antes que pudiese terminar. Supe que era hora de que yo también huyese. Así lo hice.

Intenté con todo lo que tengo dentro de mí no reírme y parecer como que no hubiese escuchado nada, pero supe que había fallado cuando Matt llegó a mi dormitorio y dijo:

—Te escuché corriendo a la habitación.

Golpee la cama tras reír a carcajadas.

—Eres increíble, Matthew Sinclair. Me acabas de conseguir un par de zapatillas a las seis y media de la mañana.

Matt me entregó la caja.

—Sí, bueno, Will tiene una tienda deportiva a unas pocas cuadras de aquí, y me debía un favor.

—Pues qué exitosos ustedes.

Entonces me tiré contra la cama de nuevo completamente segura que si hacía un segundo intento, podría volver a dormir y disfrutar de los unicornios. Eso hasta que Matt se exaltó.

—¡Oye, oye!—exclamó agarrando mis pies—. ¡Dormir no te hará feliz, ve a cambiarte, tenemos cinco kilómetros que trotar hoy!

Quejumbrosa como la joven de carácter podrido que soy, me levanté de la cama. Caminé hasta el baño.

—En realidad, Matt—dije en la entrada—. No hay nada que me haga más feliz que dormir.

Él no me pudo debatir porque justo cuando estaba por hacerlo, le cerré la puerta. Reí en mi interior.

Matt era lindo. Un demente, tonto, irritablemente madrugador, portador del trastorno obsesivo compulsivo...

Pero era lindo.

—o—

A las siete de la mañana, el recibidor de la Mansión Sinclair era todo un espectáculo. Era todavía mejor que a las nueve de la mañana, que fue cuando llegué el día anterior, porque se estaba dando la mejor iluminación del día.

Solo por eso, estaba agradecida de haberme despertado temprano durante ese domingo donde, de no ser por Matt, debía estar babeando entre mis sábanas.

Lo único malo era que tenía tanto sueño que si me descuidaba seguro me caía dormida encima del césped y Matt no estaba, porque minutos antes me había dicho que tenía que buscar algo en la cocina.

Y hablando del rey de Roma...

—¿Lista?—me preguntó de pronto a mis espaldas.

Asentí.

—Bien, toma esto.

Su brazo apareció a mi lado como por arte de magia. Su mano sostenía una gran y roja manzana que me hizo voltearme automáticamente para verlo con mi mejor rostro de confusión.

—Cómetela antes de que iniciemos—ordenó—. No quiero que te desmayes de nuevo y menos porque tienes cero experiencia ejercitando tu cuerpo.

¿Cómo lo supo? ¿Así de predecible era? La verdad era que la mayor parte de mi vida había sido delgada, los dioses del espacio sideral me bendijeron con un metabolismo rápido.

Sin protestar, porque seguro me iría peor si lo hacía, recibí agradecida la manzana. Comí de ella instantáneamente. Estaba deliciosa, no se sentía como las manzanas de baja calidad que comprábamos Isabella y yo al hacer las compras del hogar. Alguien en la Mansión Sinclair tenía mucha experiencia eligiendo manzanas.

Entretanto devoraba la manzana elegida por el experto de las manzanas, un leve cosquilleo inesperado recorrió mi cuello. Mi cabello se alzó.

—Trotaremos mucho, no querrás empaparlo—reveló Matt sus intenciones sosteniendo fuerte mi cabello en una coleta.

Sonreí tímidamente.

—Piensas en todo, ¿eh?

Sentí su boca cerca de mi oído.

—Te sorprenderías—susurró.

La explosión de hormonas fue inevitable. Mis mejillas se calentaron sin remedio alguno, lo que me fastidió en gran medida. ¿Cómo era posible que alguien que tenía horas de conocer hubiese logrado tener tal efecto en mí?

«Basta soqueta, controla tus hormonas».

—¡Vamos!—gritó Matt.

Ya se encontraba muy alejado de mí, estirando las piernas.

¡Pero qué confuso era todo! Hasta hace un momento estaba convencida que este chico quería conquistarme por la forma tan cautivadora en la que

me sonreía y la ternura con la que me trataba, pero cuando optaba por tratarme con tal frialdad como la de ahora me venía nuevamente a la cabeza el desquiciado que solo quiere cumplir con una estúpida regla de vida referente a las deudas.

Me auto cacheteé internamente. Debía volver a la realidad antes que él se diera cuenta que tenía una lucha interna.

—¿Te vas a quedar ahí parada?! ¡Ese no es el trato!

Apreté los puños. Adiós explosión de hormonas. Hola raciocinio.

—¡YA VOY!—le grité de mala gana.

Solo hice correr hasta su lado desde la puerta principal y ya sentí como que un pulmón se me quería salir. Él, en cambio, se veía sereno.

Ni siquiera me dio tiempo de terminar de estirar el cuerpo, cuando empezó a trotar solo. ¡Pero qué hombre más acelerado! Su personalidad empezaba a fastidiarme. Sin embargo, sin pensarlo mucho, aceleré el paso para alcanzarlo.

Mientras trotábamos por los hermosos suburbios de Beverly Hills, me atreví a mirar a Matt de vez en cuando. Trotaba a buen paso y respiraba sin dificultad. Apostaría mi pulmón sin condición física que se ejercitaba todos los días.

Aparte de eso, se veía muy pensativo. ¿Qué tanto tendría en su cabeza? ¿Su trabajo? ¿Cómo generar más millones? ¿La amiga rubia de la ferretería con la que tenía encuentros casuales? ¿Cómo seguir torturando a Emma con esto de hacerla feliz de por vida?

Respiré pesadamente. Me estaba quedando sin aire. Odiaba ejercitarme, pero tuve que admitir que hacerlo con compañía no era tan fastidioso y menos con un paisaje como el de esa mañana. Palmeras, el azul puro del cielo, lujosas veredas y cálidos rayos de sol eran solo algunas de las cosas que conformaban el paisaje californiano perfecto para estar saludable.

Toda mi visión hermosa se fue a la mierda, cuando Matt rompió de pronto el mágico silencio.

—Regla número uno para ser feliz, Emma—musitó—: “Trata a tu cuerpo como se le merece”.

Alcé una ceja.

—Mi cuerpo merece dormir.

—En realidad tu cuerpo merece ejercitarse—debatí—. Está científicamente comprobado que ejercitarse al menos siete minutos al día te hace más feliz. Trotar te brinda un sentimiento de libertad que ningún otro deporte brinda.

¿En serio? Yo no me sentía libre. Me sentía cansada.

—Si porque...—jadeé. Estaba llegando a mi límite—. Secretas endor... endorfinas y otras porquerías que te hacen sentirte feliz. Lo sé, lo... lo...

Ay no, me iba a desmayar.

—Lo dice todo el mundo—terminé.

Matt dejó de trotar. Logré captar una débil sonrisa en su rostro que se esfumó enseguida de mi vista al pasar su mano por su cabello para tirarlo hacia atrás. Lo tenía empapado, lo cual lo hacía parecer más largo de lo que era.

Maldición, se veía sensual.

Oh no, explosión de hormonas.

Auto cachetada.

—¿De qué te ríes? Hablo en serio—le dije deteniéndome.

—¿Siempre eres así?

Parpadeé, confundida.

—¿Así cómo?

—Odias todo—soltó sin rodeos.

Quise responder, pero se me enredó la lengua. La única que se atrevió a decirme eso una vez fue Isabella, pero porque ya le tenía la paciencia colmada con mis chistes oscuros. Desde entonces la empecé a respetar.

—No, yo no...—negué, pero terminé suspirado—. Sí, la verdad siempre soy así.

—Bueno, entonces tendremos que cambiar eso también.

Aspiró aire de golpe y siguió trotando. Yo, por otra parte, decidí rendirme. Esto no me estaba ayudando para nada, menos si mi compañero

repentinamente decidió echarme en cara mi odio hacia todo, lo cual no era mentira, pero tampoco era agradable admitir.

—¡Oye!—me gritó Matt desde la distancia.

Volvió hacia mí. Tuvo que agacharse para alcanzar mis ojos, que se mantenía escondidos al estar cabizbaja.

—¿Qué ocurre? Todavía nos falta un kilómetro más. Tú puedes, Emma.

Afgh, el decir «vamos» o «tú puedes» no da más fuerza de voluntad, ¿cuándo lo entenderá la gente?

—Lo siento, Matt, pero trotar en la mañana no me está haciendo más feliz.

—Pues te hará muy feliz lo que hay al final de la jornada.

No le creí, pero supe que no tenía más opción que seguir trotando. O al menos intentarlo hasta que se me saliera el pulmón.

—o—

Tras detenernos frente a un diminuto local, leí con dificultad el letrero:

—Caffe Luxxe.

Mmm... ¿cafetería italiana? Traté de leer también el slogan en mi mente, pero mi italiano era tan pésimo que mejor ni siquiera intentaba leerlo en voz alta.

—Ven—me dijo Matt.

Sin pedir permiso, agarró mi mano para tirar de mi cuerpo hacia el interior del local. Y a mí por supuesto que casi se me sale el corazón de los nervios. ¡Santo Cielo! Lo sabía, no podíamos tener contacto físico si quería vivir para la boda de Isabella y Joseph.

Matt eligió una mesa al azar, en la cual tomamos asiento. Estará demás decir que el atrevido no me soltó la mano hasta que llegamos allá.

Examiné el lugar rápidamente. Estaba vacío, era pequeño, blanco y de las paredes colgaban algunas piezas de un famoso pintor que reconocí de

inmediato: Giuseppe Abbati. Oh, buen gusto Caffè Luxxe, buen gusto.

Lámparas con forma de cono colgaban del techo y tres o cuatro estantes se veían a lo largo del local donde se exhibían bolsas de café y frascos de mermelada de todos los sabores.

—¡Hola Matt!—una voz femenina nos sobresaltó.

Era una mesera, muy animada si me permiten decirlo. Alta, de piel blanca, cabello rubio, portadora de un vestido blanco muy corto que acompañaba con un delantal rojo.

—¡Hola! ¡Buenos días!—correspondió Matt.

Y, ni corto ni perezoso, se puso de pie para intercambiar un beso en la mejilla con ella. Afff, hombres.

—¿Cómo va todo? ¡Tiempo sin verte por aquí!—le dijo la mesera.

Matt regresó a su asiento a mi lado.

«Sí hombre, mejor así. Abusas de tu gusto por las rubias».

—Ah pues, he estado muy ocupado últimamente. Ya sabes, con el negocio de la familia y ahora con todo esto de que mi hermano se casa.

—¿En serio? ¿Joseph se casa? ¡Vaya, qué buena noticia! Todos pensamos que tú te casarías primero.

La joven rió. Pero lo hizo con tal ineptitud que sentí un poco de lástima por ella.

«¿Ineptitud? Yo la vi reírse normal, la que me da lástima eres tú que te mueres de lo celos», disparó mi subconsciente con un revolver. ¡Eso no era verdad! ¿Pero qué demonios? ¿Y esta qué se ha creído para hablarme así?

—¿Y quién es tu amiga? No me la has presentado.

Momento incómodo en tres... dos... uno...

—Ah, sí esta es...

No lo dejé terminar. Tuve un impulso nervioso totalmente fuera de lugar que me hizo levantarme en automático de la mesa para extender mi mano y presentarme. Pero lo que salió de mi boca... Santo Cielo, fue todavía

más fuera de lugar:

—Emma Bennett, soy su novia, mucho gusto.

Mierda, no, eso no había sido un impulso nervioso. Había sido un escupitajo nervioso. ¿Qué fue lo que me pasó? ¿Por qué dije eso? ¿Tantas ganas tenía de tirarle abajo a esa chica las esperanzas con Matt? Porque era obvio que le interesaba.

La joven balbuceó, impresionada. Al menos cumplí con mi misión.

Miré de reojo a Matt. Estaba petrificado. Nadie se había esperado esto, ni siquiera yo misma.

—No sabía que...—intentó decir la mesera.

Sonreí con satisfacción.

—¡Lo sé! Matt es tan reservado que nunca dice nada, pero ya teníamos tanto tiempo siendo amigos y gustándonos, que era hora de...

«Cállate, Emma, cállate ya por amor a ti misma».

—¿De formalizar?—me siguió la mesera—. Vaya, y eso que pensamos que... pues que Matt...

Se rió nerviosa. ¡Já! ¡Toma eso, subconsciente! ¡No eran celos, sí le gustaba Matt!

—No importa, qué bueno por los dos. Emma, un placer conocerte—dijo. Su expresión pasó a una totalmente desanimada—. Les traeré café.

La mesera huyó. Yo tomé asiento. No estaba lista para enfrentar a Matt ni al cruel mundo circundante de mi alrededor así que tomé el vaso de agua que tenía enfrente para beber de él y así no tener que hablar.

«Felicidades, Emma. Oficialmente eres una desquiciada también».

Los ojos azules de Matt cayeron penetrantes sobre mí.

—Vaya, mi novia...—soltó—. ¿Y eso cuando pasó? ¡Oh! ¡Ya sé! Fue aquella vez que te lleve a esa cena romántica imaginaria sobre una nube voladora, luego de haber paseado en un parque de unicornios, ¿cierto?

La risa salió naturalmente de mi boca y así mismo lo hizo el agua que bebía. Sin querer, la escupí en dirección a Matt, pero él muy suertudo, que se reía fervientemente de mí, se movió en el momento preciso para

que no le cayera.

—¡Deja de reírte de mí!

—Emma Rosalie Bennett—regañó—. Como no te conozco bien, me atreveré a decir que...

Un segundo, ¿cómo sabía mi nombre completo? Isabella iba a pagar tanto por esto.

—...estás celosa y por eso mentiste con que éramos novios.

El sarcasmo salió en forma de una risita grave. Santo Cielo, ¿qué había hecho para merecer tener un frijol en vez de cerebro?

—No, no, no, no confundas las cosas—debatí con la poca integridad que todavía me quedaba—. No son celos. Tú y yo tenemos un trato, yo salvé tu vida y tú sanas mi corazón. No quiero que pierdas de vista tu objetivo.

—¿Por qué lo perdería?

—Porque le gustas a esa chica y tienes el instinto de macho salvaje tan desarrollado...

—¿PERDÓN?

—...que seguro vas corriendo donde esa chica, te encaprichas con ella y te olvidas de nuestro trato.

—Ah, ¿es que ahora decidiste que te importa nuestro trato? ¿Eso también pasó durante el paseo con los unicornios?

Se rió con más ganas. Malvado, estaba disfrutando tanto esto.

—Pues sí, resulta que admiro mucho tu pacto familiar.

—No es un pacto familiar, es una regla de vida y dijiste que era estúpida.

—¿Qué? No yo no dije eso, lo dijo Jane.

—Ah, así que alguien estuvo averiguando sobre mi vida.

¡Agh! ¡Pero qué antipático era este chico! No se merecía en lo absoluto que sintiera celos o que pensara que era sexy con el cabello mojado. No señor, no más de la hormonal Emma para él.

La joven mesera de antes llegó a nuestra mesa. Disculpándose por haber interrumpido nuestra conversación, colocó dos tazas de café humeante acompañado de unos sobres de azúcar y cucharas.

—Ya les traigo el resto—murmuró apretando levemente mi hombro para luego retirarse.

Me sentí mal. Era una chica muy agradable y yo le intenté arruinar la mañana con mi escupitajo nervioso.

—Y bueno, ya que estamos hablando de pactos y reglas de vida, quisiera que establezcamos algunas reglas en este juego—comenté.

Matt bebía de su taza de café, pero dejó de hacerlo para prestar atención a mi deficiencia mental.

—¿Reglas?—preguntó divertido.

—Así es—proseguí—. Después de todo, imagino que pasaremos mucho tiempo juntos con esta loca idea de pagar tu deuda y no quiero que confundas las cosas.

No sabía ni qué rayos estaba diciendo, pero me hacía ver como que tenía dignidad y me gustaba. Digo, todos sabemos que carezco de ella, pero ese no es el punto.

Matt alzó una ceja, confundido.

—Bien, establezcamos reglas—me siguió la corriente.

Tomé un sorbo de café de mi taza.

—Primera regla: No puedes salir con más nadie—le dije.

—¿Y eso porque...?

—Porque soy tu objetivo en este momento y no quiero que te distraigas con más nada.

Pareció pensárselo durante un momento.

—Bien, suena justo.

—Así que no puedes salir con esa sensual rubia que está allá mirándote y coqueteándote desde que llegamos.

Tras soltar el comentario, me arrepentí instantáneamente. ¿Pero en qué demonios estaba pensando? ¿Acaso realmente me sentía celosa y no era

mi subconsciente jugándome una broma pesada?

Matt se encogió de hombros.

—Pero si solo es una amiga muy antigua de la familia.

—No lo dudo, pero puede ser una distracción para ti y he decidido que solo te daré hasta la boda de Isabella y Joseph para cumplir con el trato—continuó—. Es más, si quieres también puedes prohibirme salir con más personas.

Un «mmmm» largo y profundo salió de la boca de Matt.

—No—concluyó—. No puedo privarte de eso. Salir con personas es una manera de buscar la felicidad y eso, al fin y al cabo, es mi objetivo: hacerte feliz.

Vaya, sonó mucho más cuerdo y maduro que yo por primera vez desde que nos conocemos.

—Bien—proseguí—. Habiendo dejado claro ese punto, pasemos a la segunda regla y la más importante de todas: no puedes enamorarte de mí.

La carcajada que soltó Matt fue tan sonora que el grupo de meseras que atendían y varios clientes voltearon a fijarse en nosotros.

—¡Hablo en serio!—exclamé.

—¿Por qué conviertes eso en una regla?

—Ya te lo dije: presiento que me harás pasar mucho tiempo contigo y no quiero que te confundas.

—Bien, pero con una condición.

Asentí.

—Tú tampoco te puedes enamorar de mí.

Mi carcajada fue todavía más sonora que la de él. Demonios, la gente debía pensar que éramos unos locos.

—¿Por qué lo haría?

—Pues porque soy encantador.

Bufé.

—¿Encantador? ¿Y quién te dijo eso? ¿Jane? Definitivamente te ama.

Sonrió suspicazmente.

—Ajá, y también la sensual rubia que me coquetea desde que llegamos—atacó usando mi frase del principio al mismo tiempo que se volteaba para hacerle ojitos a la mesera que no paraba de mirarlo.

Buena jugada, Sinclair, buena jugada. Pero ni loca iba a mostrarme celosa otra vez. Me crucé de brazos poniendo mi mejor cara de desinterés.

—Llévala al oculista, entonces. Creo que le está fallando la vista.

—Lo haría, pero me acabas de prohibir salir con más personas.

De la impresión, casi escupí el café, lo que hizo que Matt se regodeara orgulloso por su contraataque. Maldición, era bueno en el juego del sarcasmo y él lo sabía. Yo no le intimidaba en lo absoluto, disfrutaba analizarme para llevarme la contraria usando mis propios argumentos.

—Tercera regla—dijo, rompiendo el shock en el que me encontraba—. Me dejarás pagar todo lo que hagamos juntos.

¡Já! ¿Y este qué? ¿Pensaba que yo iba a pagar algo? ¡Vendía lienzos pintados para pagarme mi estadía en Los Ángeles, por Dios! No creía poder pagarme un helado en ese momento de mi vida.

—¿Piensas que puedo pagar tus lujosas actividades extra curriculares?

—No es que puedas o no, pero quiero cerciorarme que sepas que lo haré y no quiero que te niegues.

Pfff, ¿y es que alguien se negaría a eso?

—Bien—accedí.

—Cuarta regla—murmuró—. Puedo decirle a quien yo quiera que eres mi novia.

Fruncí el ceño.

—No.

—Sí.

Nos miramos con ojos entornados. Tratábamos de negociar el uno con el otro. Tomé otro sorbo de café en busca de sabiduría. Pensándolo mejor, si íbamos a pasar tanto tiempo juntos 1.) la gente podría confundir las cosas y 2.) pretender ser la novia de un Sinclair podía traerme beneficios.

Carraspeé.

—De acuerdo—repliqué—. Pero depende a quien se lo digas. En casa nadie puede saberlo y si quieres decírselo a tus amigos, te jodes.

—¿Me «jodo»? ¿Y ese vocabulario qué?

—O te enfocas en el trato o te enfocas en mi vocabulario.

—Ya, bien.

Nuestra conversación fue interrumpida por tercera vez, nuevamente por la sexy rubia que ahora traía dos platos en sus manos. En una de ellas se las arreglaba para traer un frasco con algo que parecía miel, o... ¿dulce de leche?

—Buen provecho, primores—dijo simplemente con una sonrisa.

Boquiabierta, miré el plato que tenía enfrente al tiempo que la sexy rubia se retiraba de la escena. ¡Eran waffles con dulce de leche y frutas! ¿Cómo Matt hacía estas cosas?

—Si hay unos waffles mejores que los de mi madre y los míos, son los de aquí—me atacó con su arma mortal—. Te dije que habría algo bueno al final de la jornada y no mentía. Tómalo como un premio por haber concluido tu primera rutina de ejercicio.

Guiñó un ojo. Seguido, agarró uno de los tenedores que estaban en la mesa y me lo entregó.

—No te daré de comer esta vez.

No pude evitar sonreírle. Sonreírle con honestidad, gratitud, esperanza. Sonreírle de la forma en que le sonríes a alguien que no conoces bien, pero ya sientes que le tienes estima porque percibes que tiene una noble alma humana.

Entusiasmada, sostuve el tenedor en mis manos y con la otra, uno de los cuchillos que también reposaban en la mesa. Corté un gran pedazo de waffle. Lo llevé a mi boca para degustarlo. ¡Qué delicia! Matt tenía razón, eran todo un espectáculo.

—¿Terminaste con las reglas?—preguntó él, comiendo también de su plato.

Qué extraño era todo. Se suponía que debíamos estar nerviosos el uno con el otro por ser la primera vez oficial comiendo juntos, pero todo se sentía perfectamente cómodo. Era como si hubiésemos superado esa etapa de la vergüenza sin habernos dado cuenta. Creo que es algo que no logras con todo el mundo.

Le asentí, simplemente porque no podía concentrarme con tanta comida deliciosa.

—Bien, yo sí tengo una última—manifestó—. Y es la más importante para que esto funcione. Te voy a enseñar mis diez reglas de felicidad, pero deberás prometer algo.

¿En serio? ¿Qué más podía haber?

—Necesito que seas tú misma siempre.

Reí en mi interior. Sonaba tonto que él pidiera eso, pero me hizo reflexionar sobre lo ocurrido en las últimas 48 horas: Verdaderamente no había tenido que pretender ser una Emma diferente en su presencia. No sé si era porque no me importaba sorprenderlo o simplemente porque él también era de lo más transparente conmigo, en ningún minuto se cruzó en mi mente la idea de mostrarme en una fachada que no era la mía.

—Cuenta con eso.

—¡Uf! De verdad que eres un cliente difícil—exclamó Matt haciéndose el derrotado. Dejó el tenedor encima de su plato, que todavía tenía comida y extendió su mano hacia mí—. ¿Tenemos un trato, entonces, señorita Emma?

No sé en qué momento sucedió, ni tampoco por qué, pero el mundo pareció detenerse a nuestro alrededor. No fue nada romántico, ni tampoco empalagoso. Fue como cuando te invade esa sensación que es correcto el lugar en el que te encuentras. Que está bien que te rías con la persona o las personas que tienes alrededor. Que la tierra que estás pisando es segura y que lo haces con tus propios pies, porque no dependes de los pies de otro para mantenerte firme.

Yo no sabía por qué la vida había puesto a Matt en mi camino, ni tampoco si era seguro meterme en algo tan loco con él, pero la sensación de antes, me dijo que no tenía nada de malo intentarlo.

Así, dejando el tenedor sobre la mesa también, le mostré mi mano para

estrechar la suya.

—Trato.

Capítulo 6

La teoría de las sorpresas

Trotar y desayunar con Matt se tornó una costumbre.

Lo supe porque luego de ocho días consecutivos de hacerlo, mi cuerpo ya no pesaba al levantarlo temprano o mis pulmones refunfuñaban al trotar. En cambio, todo en mí esperaba ansioso la recompensa al final de la jornada.

El lugar preferido para desayunar todas las mañanas era el Caffè Luxxe, en el cual, sin importar cuántas veces Matt me dijera que me aburriría, siempre pedía lo mismo: waffles con dulce de leche y fresas.

Durante todas esas mañanas en las que disfrutábamos de nuestro desayuno juntos, Matt me contó varias cosas sobre su vida: lo fabulosos que eran sus padres, los países que había visitado con Joseph y en los cuales, además, tenía una sucursal de Sinclair Hotel Inn & Resorts (un título demasiado largo, lo sé); cómo surgió la idea de la cadena hotelera, cómo lograron establecerla en menos de un año y cómo cuatro años más tarde lograron extenderla alrededor del mundo. Usaba términos sofisticados como saldo capital, inversionistas, activos, comisiones, inflación y otros que de no ser porque Matt lo hacía sonar interesante, lo hubiese escuchado como un «bla, bla, bla, bla». Contó que su madre le enseñó a cocinar y que su padre le enseñó sobre ebanistería (es similar a la carpintería, pero más artesanal).

Yo le conté la historia de cómo decidí dedicarme a las artes plásticas, mis películas favoritas (salió algo en común: nos gusta Marvel) y a qué se dedicaban mis padres (mamá: psicología, papá: ingeniería mecánica).

Ese domingo, me sentí con tanta confianza que le conté acerca de mis temores (las alturas) y una de mis cosas favoritas en la vida: los animales. Fue así como él me contó que recientemente abrió una fundación para encontrarle hogar a perros y gatos de calle.

Vaya, ¿realmente había algo que este chico no pudiese hacer? Sin duda los Sinclair eran una mina de oro.

Entre cuento y cuento, el tiempo se pasó volando como cada mañana nos sucedía. Usualmente cuando estábamos muy retrasados los días de semana, Edward, el mayordomo de la casa, nos pasaba a recoger para

que Matt no llegase tarde a su apretada agenda del día.

Pero esa mañana algo fue diferente. Matt no tenía una apretada agenda que atender porque era domingo, pero aún así vio su reloj de mano alarmado, llamó a Edward para que nos pasara a recoger y me dijo: «Hay que apurarnos, es tarde para lo que haremos hoy».

Supe, con seguridad, que algo tramaba.

Algo que, por su rostro de complicidad, no pretendía contarme.

—o—

Llegamos a la Mansión Sinclair pasadas las once de la mañana.

No habíamos ni estacionado el auto en la entrada principal, cuando vi a la futura Sinclair parada en el portón principal, con unas gafas de sol protegiéndole los ojos. Vestía su más cómodo atuendo de domingo: pantalones cortos, una blusa sin mangas y el cabello largo recogido en una coleta alta.

Oh no, ¿nos estaría esperando? Los ocho días anteriores había sido tan discreta que ni siquiera se había percatado que salía a trotar con Matt, ¿alguien le habría comentado algo? Yo no tenía nada que ocultar, pero tampoco era como que quería que empezaran a imaginar cosas sobre el pacto tan raro que Matt y yo teníamos.

Para mi mala suerte el auto se detuvo justo enfrente de Isabella, como si ella ya supiera que eso iba a pasar. Fui la primera en bajarme.

—Ah, pero si ahí está mi pintora favorita—me dedicó una sonrisa al tiempo que cruzaba los brazos—. Creo que alguien olvidó que hoy íbamos a...

Entonces, porque el destino me odiaba, Matt se bajó del auto.

La cara que puso Isabella cuando lo vio no tuvo precio. Primero parpadeó a mil por hora intentando procesar el hecho de que Matt y yo nos estuviésemos bajando del mismo auto. Seguido, se armó sola un juego de miradas: primero a mí, luego a Matt, luego a mí nuevamente, luego a Matt y por último a Edward, quien, por cierto, respeta tanto la privacidad de los demás, que arrancó el auto y salió huyendo en el preciso instante que Isabella quiso caerle con preguntas. Eso o le temía a la futura

Sinclair, lo cual no me sorprendería en lo absoluto.

Abrió la boca, dispuesta a disparar, pero la cerró enseguida. Volvió a abrirla, pero terminó por cerrarla por segunda vez. ¡Maldición, estaba en shock! ¡Claramente no sabía ni cómo atacar esto!

Entonces decidió cómo reaccionaría. Y debo decir: si la picardía pudiese personificarse en mujer, sería Isabella en ese momento definitivamente.

—Buenos días, niños—su voz era tierna, como cuando un psicópata te secuestra y quiere matarte—. Por casualidad... ¿estaban juntos?

—Sí—respondió Matt simplemente.

¡¿«SÍ»?! ¡¿Y ESTE OTRO QUÉ HACÍA?! Ay no, esta escena estaba a punto de tornarse demasiado incómoda.

—Me llevé a Emma temprano a trotar alrededor de los suburbios—continuó el chico que quería que Isabella dejara sus tareas de novia para convertirse en Cupida—. La convencí de lo importante que es ejercitar el cuerpo, así que hemos decidido salir a trotar juntos todas las mañanas.

—¿De veras?—los ojos de Isabella me acuchillaron—. Pero a Emma no le gusta trotar.

Mientras Matt soltaba todo el cuento a Isabella e incluso haciéndolo sonar más mágico de lo que en realidad era, yo estaba demasiado petrificada como para poder decir algo.

—Al contrario, lo ha hecho muy bien durante ocho días. Emma es una buena compañera en las mañanas.

«POR DIOS, MATT, CÁLLATE, SOLO CÁLLATE».

—¡No me digas!—exclamó Isabella con una risita de estúpida. ¡Porque tenía todas las intenciones de sonar así!—. Solo bromeo, me encanta que se lleven tan bien.

Me sonrojé. Quedé automáticamente como un tomate maduro esperando para ser usado en una ensalada caprese (todavía tenía hambre, lo admito).

Sin embargo, Matt no compartió mi reacción. Se le veía complacido. Tenía su arma mortal versión autosuficiencia en el rostro, lo que me confirmó que las palabras de Isabella no le molestaban en lo absoluto. Es más,

parecía adorarlas.

—Déjame ayudarte un poco—susurró Isabella en el oído de Matt.

¡Oye, escuché eso!

No quería que se metiera en esto, por lo cual busqué en mí las fuerzas para protestar, pero justo cuando estaba por abrir la boca, la futura Sinclair se me adelantó y de su boca, salieron las palabras más comprometedoras del mundo:

—Y bien, Matt, ¿llevarás a Emma a la fiesta de inauguración del nuevo hotel, el miércoles del próximo mes, ¿cierto?

La expresión de Matt fue de pura sorpresa. Pude notar en sus ojos que no se esperaba para nada la pregunta de Isabella. De hecho, balbuceó de una forma tan perturbadora que terminé por sentirme mal.

¡No juegues! ¿Será que no pretendía invitarme? No era como que quería sentirme desilusionada, pero por su reacción estaba segura que no pretendía llevarme.

—Eh, sí, por supuesto—mintió el descarado.

—¡Excelente!—exclamó Isabella adentrándose en la casa. La seguimos—. Recuerda que esta vez Jane y yo organizamos todo, así que será un gran evento de gala...

Quedamos en el recibidor, donde Matt y yo nos sentíamos patéticos e incómodos por las palabras del descarado con pantalones cortos, digo, Isabella.

—Irá gente muy importante con la que Joseph quiere hacer negocios, así que necesito que asistan muy bien vestidos.

Sin importar cuán sudados y apestosos estábamos, procedió a besar la mejilla de cada uno de nosotros.

—¡Será divertido!—pretendió emoción.

Así fue cómo huyó del lugar entre risitas estúpidas sabiendo perfectamente lo que había hecho y sintiéndose orgullosa de ello. ¡Agh! ¡Qué malvada era!

Dando un largo suspiro, me giré hacia Matt. Estaba atónito. Supe que yo era la que debía ponerse los pantalones e iniciar la conversación al

respecto.

—No tienes que llevarme si no quieres—dije simplemente.

Sus hombros se encogieron. Una diminuta sonrisa se asomó por su rostro.

—Seré honesto contigo—aquí vamos, a tirarme abajo mis sueños y esperanzas de ir a una fiesta lujosa por primera vez en mi vida—. Ni siquiera estaba entre mis planes ir, odio esos eventos. Hablan de negocios toda la noche y va gente muy aburrida que le encanta pretender. Incluso yo tengo que pretender ser alguien decente. Cosa que no soy.

¿No lo era? Pero si a mí me parecía el Santo de los últimos días.

—En realidad, Emma... ese día quería hacer algo distinto contigo.

«Contigo». La palabra mágica que siempre descontrola todo: «C-O-N-T-I-G-O». «C-O-N-M-I-G-O». C-O-N... ¿Qué iba diciendo? Ah sí, él quería hacer algo conmigo. Y luego preguntan por qué yo era tan hormonal.

—Pero si quieres ir y te hará feliz, pues...—rompió el contacto visual. Se le veía un tanto avergonzado—. Ya conoces mi política y nuestro trato.

Empecé a sonreír como estúpida. ¿Que si quería ir? No se trataba de eso, se trataba de que Isabella había dejado claro que si no asistíamos, ella personalmente cavaría nuestra tumba.

—Nunca he ido a una de esas fiestas lujosas.

—Entonces ya está, te llevo conmigo.

«Conmigo».

Ejem.

Fingí neutralidad. Pero en mi interior estaba que no cabía en la maldita felicidad. ¡Finalmente descubriría qué hacían los ricachones en fiestas de negocio! Y quién sabe... tal vez hasta yo podría hacer un negocio.

Mmm... ¡Nah!

—Bien—le dije.

—Bien—replicó él—. ¿Por qué no vas, te das una ducha y nos encontramos en el jardín en media hora?

Alcé una ceja. ¿Y ahora qué planeaba?

Matt se percató de mi confusión.

—Oh. Tengo una sorpresa para ti.

Suspiré.

—No me dirás, ¿cierto?

Negó con la cabeza y guiñó un ojo.

—Regla número dos, Emma: “Aprende a valorar las sorpresas”.

No tuve moral para llevarle la contraria. El tipo me había invitado a ser su pareja en una de sus fiestas lujosas, lo menos que podía hacer era cooperar en este pacto tan raro que teníamos.

—¿Recuerdas las regla número uno, Emma?

Suspiré.

—“Trata a tu cuerpo como se le merece”.

—Así es, no olvides ninguna.

Asentí con la cabeza y me dirigí hacia las escaleras.

En ese preciso instante me dio por echar un vistazo hacia atrás. Ahí seguía Matt, esperando pacientemente hasta que terminara de subir las escaleras.

Ah, Sinclair, qué loca me ibas a volver.

—o—

Estando en la soledad de mi cuarto, me tiré en mi cama a pensar un poco en los sucesos recientes.

Todo pasó demasiado rápido: salvé la vida de un extraño que resultó ser el hermano menor del multimillonario más cotizado de Los Ángeles, con el cual, por cierto, mi amiga se casaría en menos de tres meses. Quedé, por pura lástima, viviendo con él en la más hermosa mansión de Beverly Hills y luego, se comprometió a sanar mi corazón. Sin mencionar, claro, que

tenía un tremendo don en la cocina, era súper aplicado y creía en la felicidad plena. Aunque bueno, ¿quién no creería en esta última teniendo tanto dinero?

Aún así, Matt se veía muy humilde. A diferencia de Joseph y Jane, no parecía que necesitara de grandes lujos para disfrutar su día a día. Parecía un joven normal, que le gustaba cuidar su cuerpo, veneraba a los animales y odiaba los eventos de gente importante.

Vaya, en verdad conocía más de Matt de lo que quería. Este chico, que era un total desconocido para mí, había abierto su corazón por completo para cumplir con nuestro trato y agradecerme por haberle salvado la vida.

«Y porque le gustas, Emma», me susurró mi subconsciente.

Sonreí como estúpida.

Auto-cachetada.

No, no iba a caer. No me iba a dejar marear por mis hormonas, ni mi inútil alter-ego que todo lo complicaba siempre. Me limitaría a dejar que Matt cumpliera con lo que prometió: sanar mi corazón, no romperlo.

Sacudí la cabeza, corrí al baño, tiré la ropa apestosa al suelo y me metí a la ducha dispuesta a que el agua refrescara todo mi cuerpo. Eso, increíblemente, se había convertido en uno de los placeres que más disfrutaba últimamente. La gente no lo comprende, pero el ejercicio te vuelve tan humilde que una simple ducha se convierte en el más grande premio por esforzarte físicamente.

Al salir, fui directo a mi armario. Unos vaqueros algo gastados, blusa blanca con corte sencillo y unos tenis cómodos serían mi atuendo de ese día. No mentiré: fue lo primero que encontré.

Finalmente, —y porque mi cabello estaba indomable ese día—, trencé mi cabello de la única forma que sabía hacerlo y corrí fuera del dormitorio. Ya era demasiado tarde, me había demorado más de la media hora que Matt me había dado.

Creo que volé al bajar las escaleras, porque mi trenza quedó hecha un desastre cuando llegué al jardín, donde Matt ya estaba esperándome de brazos cruzados. Detrás suyo se mantenía aparcada una inmensa camioneta.

—¡Lo siento, me demoré porque...!

Tan solo se volteó y sentí que me quedé sin habla cuando lo vi. Esperaba ver al joven empresario que salía todos los días vestido elegantemente a

atender sus funciones en un hotel multimillonario, pero me encontré con alguien diferente.

Estaba vestido idéntico a mí: vaqueros sencillos, suéter, tenis y cabello mojado. Se veía bien. Casual. Justo como el tipo con quien saldría.

«Espera, ¿qué? No, no, no. Enfócate, Emma».

Él, naturalmente, se dio cuenta que no encontré el tiempo para buscar una excusa creíble —menos porque estaba en shock—, y decidió ayudarme.

—Tranquila, linda, estamos a tiempo.

«¿"Linda" otra vez? Contrólense, hormonas».

Carraspeé.

—¿Y ese monstruoso auto?

—Ve a darle un vistazo al vagón.

Obedecí sin protestar. Fui directo a la parte trasera del auto, donde tuve que subirme al parachoques para poder observar lo que había dentro del vagón. Era una gran cantidad de madera, de todos los tamaños, bolsas con implementos y algunas herramientas de construcción que ni idea para qué servían.

Con una ceja alzada, fijé mis ojos en Matt.

—No entiendo.

Hizo silencio un instante. Para causar expectativa quizás. Pero, entonces, acompañado de su arma mortal, reveló sus intenciones:

—Hoy vamos a construir un librero.

¡¿AH?!

—¡Estás loco!—le grité desde donde me encontraba.

Matt se aproximó.

—Dijiste que querías que construyera un librero para ti.

—¡Lo dije en broma!

El demente se cruzó de brazos.

—Pues para mí sonó muy en serio y no puedo negarme al reto—declaró—. Así que aprovecharemos el domingo para hacerlo. Sorpresa, Emma.

No pude evitar soltar la carcajada. Me parecía un gesto de lo más lindo. Un gesto que nunca nadie había tenido conmigo. Ese librero seguro se caería en pedazos al ser construido por nosotros, pero la intención era la que contaba.

¡Pero qué chiflado estaba ese chico!

Salté desde el parachoques hasta donde Matt. Y, como soy tan propensa a accidentes, me resbalé tan clichémente (palabras del diccionario de la Real Academia de Emma) que Matt tuvo que atraparme en sus brazos.

Pudo ser uno de esos momentos de las terribles películas de romance donde la chica en peligro es atrapada por el chico sensual de ojos azules y se siente cautivada a morir, pero...

—Emma, tu rodilla está en mi... eh... no... puedo...

SU ENTREPIERNA.

Volé hacia atrás en automático más roja que el rojo de Photoshop al 100%.

—¡Oh por Dios! ¡LO SIENTO!

Matt rió nervioso, respirando con dificultad.

—No, no es nada... No te...

Madre mía, CERO química entre nosotros.

No supe ni dónde meter la cara, porque el vagón lleno de madera estaba demasiado alejado de mí, pero para mí buena suerte, fue Matt quien decidió acabar con el momento incómodo cambiando el tema.

—¿Lista para... eh... conocer el taller de mi papá?

Un poco insegura, asentí con la cabeza. Sin importar la vergüenza que cargaba encima, me sentía emocionada. Nunca antes había construido nada y la idea del librero sonaba alucinante.

—¿Dónde queda?

—Al final de nuestro jardín—señaló al horizonte. Su respiración ya volvía a ser la misma de antes de la violación a punta de rodilla—. Iremos en auto.

Así que para eso era el auto que tenía detrás.

—¿Y tú puedes manejar este monstruo?—pregunté. Me refería al auto, por supuesto.

Su sonrisa se llenó de picardía.

—De hecho...

Sacó unas llaves de su bolsillo. Me las entregó.

—Tú manejas hoy.

¡NO JUEGES!

Por más que intenté negarme a recibir las llaves, Matt logró hacer que las sostuviera en mis manos. Oh no, esto no iba a salir nada bien.

—Tranquila, yo te guío—continuó Matt, al tiempo que abría la puerta de conductor.

Vacilante, porque estaba por atentar contra nuestra vida, me subí a la monstruosa camioneta. Entretanto, Matt caminó al asiento de copiloto y se acomodó en él. El descarado estaba tan relajado que me enojó. Nadie está tan relajado minutos antes de su muerte.

—Nunca he manejado un auto así—dije, en un último intento por evitar esto a toda costa.

Matt se colocó el cinturón de seguridad.

—No es problema, confío en ti.

Tragué. Me temblaban las piernas de los nervios. Encendí el auto. El sonido del motor, que fue más discreto de lo que el auto era, me hizo sentir todavía más asustada. Iba a manejar esta cosa verdaderamente.

—Espero que tengas tu seguro de vida al día—dije.

—Está pago por el resto de mi vida, en realidad—replicó Matt divertido—. Ya me conoces, no le debo nada a nadie, excepto a ti por supuesto, que me endeudaste como nunca nadie lo había hecho.

Pise suavemente el acelerador. La camioneta adquirió ritmo. Era una velocidad a menos de 20k/m, que no mataría a nadie, pero así me gustaba.

—¡Vaya! ¡Estoy domando a esta bestia!

Matt suspiró.

—Creo que empezaremos ese librero mañana.

Pero no me importó. Seguí a paso lento, aguantando frases molestas de él tales como: «Cuidado, podrían multarte por exceso de velocidad» o «Alguien está lista para correr en la F1», llegamos hasta una casona de madera no muy grande.

Aparqué y apagué el auto. Estaba tan orgullosa de mí misma que ni siquiera me percaté del momento en que Matt se bajó del auto. Solo supe que terminó frente a mi puerta, la cual abrió, como el caballero de la mesa redonda que pretendía ser.

—Señorita "altas velocidades"—me dijo, abriéndome paso.

Me bajé del auto.

—Muy gracioso.

Entre risas, caminamos juntos hacia la entrada de la casona. La puerta estaba cerrada con un candado que se veía algo oxidado. No solo eso, la casa en sí se veía añeja. Parecía como que tenían mucho tiempo sin visitarla.

De la nada, a mi lado, Matt se puso muy serio. Miraba dudoso la puerta, como si no supiera si era correcto abrirla. Inspiró aire, metió la mano en su pantalón y sacó una llave. Una muy solitaria porque ni siquiera tenía llavero.

—¿Te encuentras bien?—pregunté.

Pero él hizo caso omiso a mi pregunta. Contemplaba la llave en su mano como si su vida dependiera de ello.

Luego de unos cuantos segundos en donde su mundo solo era la llave y él, la introdujo en la puerta que teníamos enfrente. Cabía perfectamente.

Matt tiró la puerta hacia atrás y una gran oscuridad invadió nuestro campo visual. Estaba todo muy lóbrego, pero eso no impedía saber que el lugar

estaba vacío y ordenado.

—¿Matt?—pregunté, sin saber si era lo correcto.

Nuevamente se había quedado ahí parado, contemplando lo inexistente. Su pecho subía y bajaba, como si le hiciera falta el aire. Era incómodo, pero por primera vez en mucho tiempo, me puse en los zapatos de alguien más. Hice un gran esfuerzo por entender lo que pasaba por la cabeza de Matthew Sinclair.

Madera. Herramientas de construcción. Un taller que pertenecía a su padre fallecido. Una llave que seguro mantenía guardada en el rincón más oculto de un cajón que archivaba cosas inútiles.

A Matt le dolía entrar a ese lugar. Debía tener cinco años sin hacerlo. Y el simple hecho de que lo estuviera haciendo por mí, significaba demasiado.

La luz se encendió, lo que me hizo darme cuenta que había sido Matt tirando el interruptor hacia arriba. Tal como había previsto, el espacio estaba muy ordenado, pero lleno de telarañas y un suelo de madera desaseado. Varias mesas rellenaban el lugar, estantes y herramientas que desconocía para qué servían. Pero era un taller de ebanistería, uno que ya no tenía ebanista para usarlo.

Coloqué mi mano en la espalda de Matt. Sentí la necesidad de darle apoyo.

—¿Hace cuánto que no venías aquí?

—Es la primera vez desde que fallecieron mis padres.

Yo estaba abriendo un hoyo. Uno negro, profundo, lóbrego, del que una persona logró salir, pero podía volver a caer en cualquier momento.

«Con calma, Emma. Con calma».

Mi mano fue directo a su brazo. Lo apreté. Quería darle esperanza, así como él me la brindaba a mí.

—Construyamos ese librero en honor a ellos, entonces.

Matt no se esperaba eso para nada. Se le vio sorprendido, pero me miró con tanta ternura, que quise abrazarlo.

No se emocionen. Obviamente no lo hice.

—Sí, hagamos eso.

Así, intercambiando una sola mirada que quizás, solo quizás, demostró un 1% de química entre nosotros, se dirigió a la puerta. Mientras salía, lo vi un tanto hipnotizada y...

—¿Me ayudarás a bajar las cosas o qué?!—gritó desde afuera.

Y... adiós 1% de química.

—o—

No le ayudé, naturalmente.

Me acomodé encima de las mesas que estaban en el interior de la casona y me dediqué a lujuriar su pecho caliente cada vez que entraba con todos los trozos de madera, herramientas y bolsas con implementos.

Mientras él se secaba el sudor que brotaba de su frente, yo sentí curiosidad sobre un taladro que tenía a mi lado. Esa cosa era enorme. Podría matar a mi peor enemigo con eso.

Lo alcé, examiné y toqué un botón. Vibró con tal intensidad que grité como la chiquilla asustadiza que soy.

Matt, riéndose de mi desgracia, llegó hasta mí para quitarme el taladro malévolo.

—Con calma con eso, Ralph.

“Ralph, el demoledor”. Muy gracioso, Sinclair.

Lo apagó y colocó sobre la mesa. Se dirigió hacia otra mesa cercana, sostuvo algunos rollos de papel que se veían muy delgados y un par de lápices con punta muy afilada.

Tiró uno de los rollos al suelo, extendiéndolo sobre este último. Era blanco, delgado, justo el papel ideal para un arquitecto inspirado para dibujar algún plano.

Matt me entregó uno de los lápices que tenía en sus manos.

—Quiero que dibujes cómo deseas que sea tu librero—relevó sus

intenciones.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Oh, Matt... no...

—Te prometo que haré mi mejor esfuerzo por recrearlo.

Quise sonar amable.

—¡No! No es eso, es solo que...—“casi repruebo en arquitectura y dibujo técnico, de no ser por qué alguien me hizo el trabajo final en ambas materias”—. No soy muy buena dibujando planos.

Me atacó con su arma mortal.

—Olvídate de las medidas, de eso me encargo yo. Enfócate en el diseño. Estoy seguro que si te concentras, lo harás bien.

Ah... el tipo tenía tanta fe en mí (o pretendía tenerla) que no pude seguir negándome.

Sostuve el lápiz, me tiré al suelo y respiré hondo. Matt, por otra parte, se sentó a mi lado, silenciado, esperando pacientemente hasta que la inspiración llegara a mí.

Una línea.

Otra línea.

Tres líneas, una seguida de otra.

Hasta que, sin querer, dibujé, dibujé, dibujé. En mi cabeza reinaba la imagen de ese hermoso espacio en mi nueva habitación donde pintaría y leería. Un espacio con una amplia pared de fondo que carecía de un librero donde colocar mis libros de ciencia ficción, arte y fotografía.

Esa imagen me servía para rellenar esa pared. Rellenarla con un librero que no sería común y corriente. Uno donde, además de poner mis libros, podría poner marcos con fotografías y adornos, así que dibujé espacios respetablemente grandes.

—Estoy impresionado—me interrumpió Matt—. ¿No me acabas de decir que no sabes dibujar planos?

Seguí dibujando.

—Me lo has puesto fácil. Sin presión alguna.

—No creo que sea eso. Creo que eres buena en esto.

Levanté el lápiz para echar un vistazo a mi boceto. Vaya, Matt tenía razón. Tenía como diez minutos desarrollando el boceto, pero se veía impresionante.

Devolví el lápiz al papel.

—Cuéntame de esa absurda regla sobre apreciar las sorpresas.

—¿Te refieres a la segunda regla de felicidad?—preguntó. Asentí—. No es absurda, Emma, es emocionante.

—¿Emocionante? ¿Dices que las sorpresas son emocionantes?

—¿Y es que no lo son?

—Claro que no.

—¿Entonces me dirás que no te emocionó saber lo que había en el vagón cuando te dije que te tenía una sorpresa? ¿Que no te sientes emocionada de construir un librero que tú misma estás diseñando?

Dejé de dibujar para prestar mayor atención a Matt. Sin saber por qué, sus palabras empezaron a cautivarme en la medida que las pronunciaba:

—Las sorpresas son una teoría. La teoría de que lo inesperado es emocionante. De que todos los corazones merecen ser asombrados de vez en cuando. La teoría de que cuando sabemos apreciar las sorpresas, las pequeñas cosas de la vida son suficientes para llenarnos.

En el exterior, reí ahogadamente. En el interior, todo en mí tembló conmovido. Matthew Sinclair era todo un poeta cuando se lo proponía.

—Pues qué profundo tú.

Dejé el lápiz a un lado. Había terminado. Entretanto, Matt admiraba con detenimiento mi boceto. Sus oceánicos ojos recorrían cada línea, como si estuviera midiendo cada una. O haciendo cálculos matemáticos en su cabeza tal vez.

—¿Y? ¿Es realizable?—pregunté ilusionada.

Se lo pensó un minuto. Asintió.

—Sí, lo es—replicó—. Tu diseño es muy bueno, solo nos falta algo para empezar.

No sé si fue a propósito. Si fue una de esas cosas que hacen los hombres para hacernos sentir nerviosas a las mujeres, pero Matt agarró la mano donde mantenía sostenido el lápiz y lo llevó directo al papel.

Sin soltar mi mano, comenzó a trazar un par de líneas más, acompañadas de unos números que interpreté como medidas que debíamos tener claras antes de cortar los trozos de madera.

«Las hormonas, contrólalas».

Así, luego de colocarle números a casi todas las líneas, soltó mi mano.

—Buen trabajo, señorita Emma Bennett—me dijo animado—. ¿Lista para construir?

—¿Bromeas? Creo que nací lista para esto.

—Es bueno saberlo. Empecemos entonces.

Se puso de pie. Caminó directo hacia la mesa donde estaban todos los materiales y de un estante que se mantenía adherido a la pared, sacó dos gafas protectoras.

En ese instante, algo impactó contra el suelo. Miramos en esa dirección solo para descubrir que se trataba de un pequeño y cuadrado aparato color blanco.

Matt fue quien lo levantó.

—Así que aquí estaba.

Me acerqué.

—¿Qué es?

Él no respondió, pero no hubo necesidad de que lo hiciera. Identifiqué a la perfección el aparato: era un iPod, algo anticuado, pero que se veía entero.

—¿Es tuyo?—preguntó la curiosa Emma que debería morir igual que el gato.

—No.

Por la expresión en el rostro de Matt, la melancolía que había vuelto a sus ojos y el ambiente tan tenso en el que ahora nos encontrábamos, deduje que seguramente el iPod pertenecía a alguno de sus padres fallecidos.

Algo en mí me dijo que el hoyo negro se seguía abriendo, que debía hacer algo para que Matt ni siquiera se acercara a él con el riesgo de volver a caer.

Sin pedir permiso, le arrebaté el iPod de las manos.

—Bueno, pero eso no impide que lo usemos—exclamé. Presioné el botón para encenderlo. Inexplicablemente tenía carga—. Bravo, el dueño siempre lo mantenía cargado.

Saqué mi teléfono del pantalón, conecté el iPod inalámbricamente y subí el volumen en lo más alto que la tecnología móvil nos permitía.

Matt estaba incrédulo. Estático ante mi reacción con el dichoso iPod, pero luego de procesarlo, sus labios se arquearon un poco, denotando una diminuta sonrisa.

Terminados de sincronizar ambos aparatos, deslicé mi dedo por la galería de música para encontrarme con que reinaba el rock. ¡Qué maravilla! El dueño de este aparato y yo nos hubiésemos llevado muy bien.

Finalmente elegí una de mis canciones favoritas: "Everybody Talks", de Neon Trees, una banda de rock americana que se lanzó a la fama en el 2005 y que conocía gracias a que son el grupo musical favorito de mi madre.

—¡Amo esta canción!—exclamé.

En el momento en que Tyler Glenn, el vocalista, entonó la primera estrofa, Matt se encontraba recogiendo los planos del suelo. En el momento en que entonó la segunda, Matt ya estaba dibujando algunas medidas sobre los trozos de madera.

Yo, en cambio, recordé hermosos momentos con mi madre al oír la canción. Recordé aquellos sábados de oficios que me parecían de lo más fastidiosos, pero que cuando mi madre ponía música y desafinábamos terriblemente, se tornaban divertidos.

Sí, los recuerdos pueden ser peligrosos a veces, pero cuando tomas la decisión de recordar aquellos que fueron buenos, como este por ejemplo, terminas cantando y riendo por lo que ocasionaron en ti.

Matt dejó a un lado las maderas con el simple propósito de mirarme cantar y reírse de mi hazaña. Se rió todavía más cuando empecé a bailar

en círculos alrededor de las maderas y de él.

—¿Pero qué...?—preguntó en medio de su carcajada.

No quise dejarlo terminar. Lo agarré por el brazo y halé lo más fuerte que pude. No logré levantarlo. Conociendo perfectamente mis intenciones (que eran básicamente hacer que bailara conmigo), se negó rotundamente a hacerlo.

—¡Vamos! Me harías muy feliz!—supliqué.

—¡No uses eso en mi contra!

—¡Vamos!

No tuve que rogarle más. Logré que se pusiera de pie con el chantaje del trato que teníamos.

En ese instante su expresión cambió. Era diferente. Diferente de cuando sacó la llave de la casona de su pantalón. Diferente de cuando la insertó en la puerta. Diferente de cuándo entró en el hoyo negro que representaba el taller de su padre difunto.

Estaba de buen humor, sonriente, energético.

Tanto... que sin que yo se lo pidiera, siguió mis pasos. Bailó a mi par como si conociera la coreografía, y de hecho, algo me dijo que sí la conocía. Que se sabía de memoria la canción y que le traía buenos recuerdos tal como a mí.

Mientras reíamos a carcajadas por lo ridículos que nos veíamos interpretando los pasos de baile del video musical, no pude evitar comparar a Matt con mi ex-patán. Era divertido pasar tiempo con él. En ocho días había logrado hacerme divertir más de lo que mi ex-patán lo hizo en dos años.

Y más allá de la diversión, se trataba de que me sentía perfectamente cómoda siendo yo misma. No tenía que pretender ser alguien que no era por el temor de perder mi relación.

Entre varias canciones, bailes, bromas, risas y conversaciones, nos dedicamos ese domingo a construir el librero más fabuloso y único que podría existir en el mundo.

Nunca supe a quién pertenecía el iPod.

Tampoco supe por qué Matt no quiso decírmelo.

Pero algo sí supe muy bien:

Guardaría ese momento para siempre.